

UN RATO Á "PLIEGOS DE CORDEL,,

II



SE ocupa la obra del Dr. Bonilla y San Martín, «El Mito de Psiquis», además de la leyenda de «El Caballero del Cisne», ya extractada en el artículo anterior, de otras dos altamente poéticas: griega la una, francesa, al parecer, la otra. Veámoslas.

Fábula de Psiquis y Heros.—No figura en los pliegos de cordel de la casa Hernando, pero sí en el «Asno de Oro» de Apuleyo Mansdensis, iniciado el siglo III ó IV de J. C., que parece estuvo en India y vivió en la antigua Numidia. Como dice Gerbhart en sus «Dioses de Grecia y Roma», el carácter abstracto de Heros, equivalente en cierto punto al Verbo de los gnósticos, al Horus egipcio y al Viradj ó Varón Divino de los brahmanes, reapareció después en la fábula simbólica de su pasión por Psiquis, personificación del alma humana poseída por el amor—ó para bien decir del Amor mítico—con todos sus tormentos y delicias.

«En apartada región, un soberano, tenía tres hijas. La menor era de hermosura tan rara y portentosa, que todos creían que era la misma Venus que había encarnado en la Tierra, por lo que se vieron desde entonces desiertos los altares de Aphrodita, con gran enojo de la diosa, que fuese así suplantada por una simple mortal, por Psiquis. Temerosos de hermosura tan sobrehumana, nadie se atrevía á casarse con ella, por lo que sus padres consultaron al oráculo de Apolo en Delphos, quien les dijo que el marido que la destinaran los dioses era de la clase de los inmortales, y que se posesionaría de la doncella allá

en la cumbre de escarpado monte, donde en triste fiesta nupcial fué conducida y abandonada á su destino. Rendida por el terror más que por el sueño, es llevada la infeliz en el seno de misteriosa nube, que la deposita blandamente en una pradera deliciosa, á las puertas de un palacio cristalino, el Palacio del Amor, donde se vió rodeada de cuanto puede apetecer la fantasía y servida en el baño, en la mesa y en todas partes por seres invisibles. Llegada la noche y apagada la lámpara, se siente Psiquis al lado de su amante divino, en casto lecho de flores, y pasados los amorosos trasportes, éste la previene contra toda indiscreta curiosidad respecto de su persona, á quien no podrá ver hasta que nazca el fruto de sus amores, ora del linaje de los dioses si Psiquis se resigna á su destino, ora del de los hombres si comete la imprudencia de pretender ver al Amado, antes de tiempo, con los ojos de la carne.

Al siguiente día siente Psiquis las nostalgias del mundo que abandonó, y desea ver á sus hermanas, contra el consejo de Heros que hallaba en ella el mayor de los peligros. Aquellas son conducidas por el céfiro hasta el palacio por mandato de Psiquis; ya en él, se intrigan envidiosas contra el feliz misterio que rodea á aquel paraíso, y á vuelta de interesantes peripecias, excitan á Psiquis para que trate de ver á su incógnito Amado que acaso sea un monstruo como el oráculo predijo. La mal aconsejada doncella, cede, al fin, á su curiosidad y, aprovechando el sueño de Heros, enciende la lámpara de sus indiscreciones. Hállase entonces con un doncel alado, hermosísimo sobre toda ponderación y cuando en un trasporte de amor vá á besarle, deja caer inadvertidamente una gota de aceite que le quema y despierta. Heros, sorprendido, pronuncia la sentencia del Destino, y como el Lohengrin del Caballero del Cisne, se aleja para siempre, entre la inútil desesperación de la doncella. Esta vaga después érrante, como Ceres y como Penépole buscando á aquel que es señor de su ser todo y á quien no halla en parte alguna. Desciende al Averno, merced al mandato de su terrible suegra Venus, para buscar allí el tesoro de la belleza perdida, que Plutón la entrega en misteriosa cajita, después de haber corrido la cuitada cuantos peligros relatan las demás leyendas y mitos. La curiosidad de abrir la caja fatal, vuelve á vencerla, los males se escapan, como á Pandora, por la Tierra, quedando sólo dentro el último «La Esperanza» y tras inauditos sufrimientos y peligros, vencidos uno tras otros por el sobrehumano heroísmo de Psiquis, ésta remonta hasta el cielo, donde el padre de los dioses, Júpiter, (Zeus-Pithar) la hace justicia y después de triunfar sobre la oposición de Venus, de-

creta las bodas de Psiquis y Heros, ascendiendo aquélla á la categoría de los inmortales. El Olimpo entero celebró la fiesta, y de aquella sublime unión nació Voluspa, diosa de la Voluptuosidad según unos, y del más puro y celeste Amor, según otros.»

Puntualizar las conexiones de este gigantesco mito, desde el Génesis hasta el Edda y los libros védicos y herméticos, es poco menos que imposible. Toda leyenda por la que el género humano cae en el dolor, la miseria y la muerte, desde estados felicísimos, hace relación con la fábula de Apuleyo.

El Conde de Partinoples (¿de Parténope?) Juan, emperador de Constantinopla, carecía de sucesión por esterilidad de su esposa, y enamorándose, por consejo mágico, de cierta joven damasquina, tuvo de ella una hija, á la que hizo jurar como heredera del imperio.

La emperatriz buscó quien la vengara por todo lo descubierto de la Tierra, y en su nave aérea encantada llegó al castillo de Bles, frente á la sierra de Ardeña, habitada por el Conde de Partinoples, sobrino del rey de Francia, quien, persiguiendo á un jabalí, se había perdido en la floresta. Le deparó al Conde un barquichuelo que le condujo al castillo de Cabezadoire, centro de las operaciones mágicas de aquélla. Allí le acontecen al caballero con la invisible emperatriz, aventuras análogas á las de Psiquis y Heros, en medio de encantadas delicias. Partinoples, sin embargo, tiene que volver á su patria para defenderla contra la morisma. Ya en ella el Papa pretende casarle con su sobrina y se averigua el secreto de su corazón por medio de un hechicero, quien le aconseja como sus hermanas á Psiquis, ocurriéndole análoga escena de imprudencia y desgracia al encender Partinoples su lámpara y ver por vez primera el secreto de la incomparable hermosura de la soberana. Presa de cruel remordimiento, se retira el conde á Ardeña y hace penitencias rigurosísimas, bajo la inspiración de Oriana, su hada protectora, hasta que, muerto el emperador, salió para el torneo decretado en Constantinopla á fin de adjudicar la mano y trono de la emperatriz viuda. Tras las proezas inauditas y consabidas, vence Partinoples en el torneo, alcanzando el galardón que había ganado por su valor y sacrificios.»

Oliveros de Castilla y Artús del Algarve.—La reina viuda del Algarve, madre de Artús, se casó con el rey viudo de Castilla, padre de Oliveros.

Este nobilísimo joven se escapa á la aventura huyendo de la criminal pasión de su madrastra, y el barco que le llevaba, tras desecha tempestad, le desembarca en las costas de Inglaterra, donde se apre-

sura á dar sepultura piadosa á uno de sus compañeros de naufragio. Oliveros camina hacia Londres para tomar parte en el torneo por el que el rey vá á adjudicar al vencedor la mano de su hija, pero le asaltan quince malhechores á quienes pone en fuga. Perdido en país desconocido, oye en sueños una voz misteriosa que le promete en todo trance apurado su ayuda; abre los ojos y ve á su lado cierto enlutado caballero, verdadera aparición de ultratumba, que le reitera la promesa como pago de una ignorada deuda de gratitud, mas á condición de que se han de repartir por mitad lo que así ganase con tal ayuda. Hecho el trato, la sombra le conduce á lejana ermita, donde un santo ermitaño le somete á duro ayuno interin le llegan los auxilios prometidos por el desconocido, consistentes en seis caballeros armados, diez escuderos y veinte pajes todos enlutados. Con ellos va al torneo y sale victorioso el primer día. Vuelto á la ermita se le incorporan de nuevo otros tantos auxiliares con rojos vestidos. Torna á vencer con ellos el segundo día, y, por fin, con asombro de todos, da cima á la aventura, venciendo el tercero y último día, gracias á los auxilios de su gente, esta vez vestida de raso blanco de pies á cabeza. El rey presenta á Oliveros á la princesa y quedan ambos perdidos de amor, pero el soberano no quiere cumplir lo prometido hasta tener clara nota del noble origen de su yerno futuro. Apenadísimo Oliveros, contrae mortal dolencia, pero sabedor de que los reyes de Irlanda han entrado á saco por el reino se sobrepone á sus males, vuela á las armas y los derrota, como antes los derrotase también en el torneo. En prenio se vá á celebrar, al fin, el suspirado casamiento, pero los reyes, de Irlanda, á traición, le hacen prisionero, encerrándole en lóbrega torre. Su hermano Artús que por aquel entonces gobernase ya en Castilla, ve caer del espacio una carta á sus pies dándole noticias del duro trance en que Oliveros se encuentra y obediente á tan celestial aviso, fleta un barco contra Irlanda, á la que no bien llega, se ve cercado de peligros y el hambre le coloca en la más apurada situación. El enlutado fantasma de marras se le aparece también á Artús y le ayuda hasta dar con Oliveros y vencer á sus enemigos, liberándole. Cae Artús con una asquerosa dolencia que nadie se atrevía á curar, pero Oliveros, siguiendo los consejos de su protector invisible, le salva. De allí á poco se celebra la boda por la que quedan unidas las coronas de Castilla é Inglaterra, pero en medio de la felicidad de Oliveros hete aquí que el fantasma se le presenta un día reclamándole la mitad de lo ganado por su protección secreta, y entre ello la mitad de la reina su esposa y de su hijo. En trance tan cruel, Oliveros vacila,

pero caballero ante todo, da al fantasma la espada para que se tome por sí mismo la mitad que es suya. «Quédate en buena hora, le dice la sombra con todo cuanto es tuyo: yo nada necesito; soy la sombra de Juan Talabot, aquel pobre náufrago á quien asististes en su agonía.»

Saltan á la vista las concordancias de esta leyenda con el juicio de Salomón; con Delgadina, con El Caballero del Cisne, el Conde de Partinoples y todas las de su ciclo, y en cuanto á las apariciones del fantasma parecían arrancadas al moderno espiritismo.

El Anillo de Zafira.—Para esta leyenda, como la anterior del ciclo carlovingio, remitimos al lector á lo que, bajo este título hemos publicado en la excelente revista «Archivo Extremeño», en uno de sus últimos números.

Tablante de Ricamonte y Jofre Donasón.—Por los tiempos de Artús, fundador de la Orden de la Tabla Redonda, floreció el imprudente Tablante, verdugo del viejo Conde de Milán, uno de los de aquella Orden. Humillado así Artús, un rapazuelo, Jofre Donasón, se brindó á vengarle y emprende mil aventuras, dignas de leerse, camino del castillo de Ricamonte, entre ellas la de vencer al licencioso brujo Montesinos y al gigante Malato, libertando de paso mil encantados caballeros á los que mandaba se presentasen á la reina Ginebra. Vence al fin heroicamente á Tablante y se ve premiado con la mano de Bruniesen de la Floresta, á quien había libertado.

A pesar del escaso valor mítico de la leyenda, parece ser una de las que más inspiraron al manco inmortal en sus relatos caballerescos.

Pierres de Provenza y la hermosa Magalona.—Pierres gana en torneo la mano de la hija del rey de Suecia; mas, como éste no cumpliera su palabra, se escapan los enamorados y tras vagar perdidos tres días, llegan á la orilla del mar. Al acostarse fatigada la princesa, se despoja de una cinta roja que al cuello llevaba con los tres anillos donados por su amante y que la madre de éste le diese al despedirse. Un pajarraco fatídico arrebató la cinta y deja caer sus anillos en la mar: Pedro trata de recabarlos con una barquilla que por allí hallara, mas la resaca se le lleva misteriosamente. Fuera de sí, boga sin rumbo hasta caer prisionero de una galera turca y esclavo del Sultán pasa cuatro años. Entretanto la inconsolable Magalona se había refugiado á un convento, y á fin de asegurar mejor su honestidad había fundado bajo la advocación de San Pedro, una hospedería para navegantes y peregrinos. Pierres gana la libertad, gracias á sus grandes servicios que el Sultán recompensó con munificencia. Se embarca y para no despertar codicias de los marineros lleva sus tesoros en unas barricas

que dice ser de sal para el hospital de San Pedro en Provenza, de cuyo esplendor habían alcanzado las nuevas hasta Constantinopla. Durante la travesía quedó Pierres perdido en una isla desierta, donde vivió como pudo hasta divisar un barco que le trajo á su patria, no sin antes prometer asistir á los menesterosos en el hospital de San Pedro. Entretanto las barricadas habían sido entregadas á su destino, el hospital nadaba en la abundancia y Magalona, su numen había recobrado sus anillos que fueran hallados en el vientre de cierto pez. Pobre, enfermo y desconocido, llega al fin, Pierres y es asistido por la propia Magalona. Curado de sus males, se desposaron ambos y fueron felices.

Concordancias. Entre otras, el anillo de Zafira, ó de Salomón; el Conde de Partinoples y demás leyendas de trovadores provensales.

Carlo-Magno y los Doce Pares.—El pliego de cordel con este nombre tiene ocho cantos, y se extiende largamente sobre los gigantes Fierabrás y Ferraguz; luchas con los moros en Roncesvalles; combate del Puente de Mantible; felonías de Galalón; cingulo mágico de Florispes; aparición de Santiago y fundación de Compostela, etc. Por su escaso interés mítico nos limitamos á dar estas meras indicaciones.

Roberto el Diablo, después llamado Hombre de Dios.—Igual acontece con esta conocida leyenda normando-borgoñona. Faltos de sucesión, los duques de entrambos países pactan con el diablo y le consagran el hijo por éste prometido. El endiablado infante comete desde niño crueldades inauditas y acaba en salteador de caminos. Después de degollar á tres santos ermitaños camina con igual propósito hacia el palacio del rey, pero su madre le detiene y le revela el misterio de su nacimiento. Arrepentido el mancebo pasa á Roma en calidad de peregrino—cual los famosos de la ópera Tanhausser—el Papa le envía á hacer penitencia con un santo eremita y se oye una voz de lo alto que le manda hasta nueva orden, fingirse demente y mudo, sufrir sin protestar las burlas de todos y no alimentarse sino de lo que á los perros arrebatase. Años después un almirante del reino se había alzado contra el monarca y la misma voz de antaño ordena á Roberto que monte en un caballo blanco y luche contra aquél. La hija del emperador, muda también, es la única testigo de sus prodigios y de la herida que recibiese Roberto en un muslo. En vano el monarca mandó buscar por todas partes al herido *caballero blanco* y prometió concederle á éste su reino y la mano de su hija. El almirante se finge ser el caballero y, engañados todos, se va á celebrar la boda, cuando en el momento preciso la muda princesa recobra el habla, cuenta lo sucedido

y Dios entonces le concede también el habla á Roberto y le perdona sus culpas.

Orlando furioso.—El pliego de cordel con este título más bien que leyenda original, reproduce ó extracta y trasluce el poema de Ludovico Ariosto, con su viaje de Astolfo á la luna, aventuras de Angélica, Reinaldo de Montalbán, Ferragús, Rugiers, Bradamanta, Lacripante, Pinabel, Agramante y Sobrino. El elemento maravilloso ó mítico juega gran papel en la evocación de los espíritus infernales por el ermitaño para saciar sus apetitos hacia Angélica; en la misteriosa *Orca* de la isla Ebudia; en el castillo maldito de la prisión de Rugiers; en los encantamientos de Merlín en honor de la Dama del Lago y en las protecciones de Melisa sobre Bradamanta; en el hipócrifo de Agramante; en los amorosos filtros de Alcina y de la Isla del Llanto; en el vencimiento del titán Orrillo por Astolfo y en la redoma salutífera que éste aportase de la Luna, por todo lo cual la lectura del pliego resulta agradable aunque asaz confusa.

Clamades y Clarmonda ó el caballo de madera.—El padre del apuesto Clamades impone á los aspirantes á las manos de sus tres hijas el que los pretendientes presenten alguna máquina genial y maravillosa. Uno de ellos aportó unos pichones automáticos que andaban y arrullaban; otro un hombre de rara construcción que parecía vivo y el tercero un dócil caballo de madera capaz de volar por los aires. Clamades monta en él, pero yerra la clavija y se pierde en el espacio hasta caer dos días después frente á un magnífico palacio, habitado por la bella Clarmonda, que de allí á poco iba á casarse con el conde Feliciano á quien odiaba. Enamorados los jóvenes se escapan en el caballo y retornan á la casa del padre de Clamades, pero Lisardo uno de los desairados pretendientes de sus hermanas, aprovecha un descuido y la roba en el caballo. No logra, sin embargo, su mal propósito, porque al tocar tierra es hecho prisionero. Clarmonda se finje loca para escapar á nuevos peligros, hasta que es salvada por su amante, con quien se desposa al fin.

Aurelia y Florinda, ó la gruta del diablo.—Estas dos niñas de la campiña de Gratz (Austria) quedan huérfanas y su choza se les quema. Entre las llamas surge un hada hermosísima, que les brinda protección y les dá un elixir mágico tal, que pueden volar por los aires con solo echar una gota en la oreja de su caballo. Vuellan así hasta el Pelión griego, y, atormentadas por la sed, tropiezan con un arroyo de sangre, en el que bebe Florinda. Divisan río arriba una minúscula fragata de oro y pedrería, por la que son conducidas al palacio de la empera-

triz de Constantinopla, usurpadora del trono de su hermano. El Destino la había predicho á ésta un disfrute ilimitado del trono ínterin no bebiese de las aguas del riachuelo aquel una doncella, por lo cual todos los años degollaba allí un esclavo para que sus aguas repugnasen. Decretada la degollación de las dos niñas, hallan medio de matar á la harpía y de fugarse. El hipócrifo de marras las lleva volando hasta la isla de Creta, donde tienen también que ahorcar á un gigante que allí tiene su cueva, con la trenza cortada á la emperatriz. Valerosas realizan la hazaña y se llevan los ojos del gigante en un cofrecito de oro. Con semejante talismán evocan un barco que les restituya á su patria y se embarcan, pero estalla una tempestad, dos agoreras aves les arrebatan la joya y el barco se hunde, salvándose las hermanitas en las costas de una desierta isla, donde una nigromante hacía asesinar á todo extranjero. Un pastor les informa sobre el medio de triunfar de ella, á saber durante las dos únicas horas que doña mía, custodiada por fieras famélicas, dentro de su torre de marfil. Asaltan las dos niñas el muro en los precisos momentos, y las fieras, vencidas por su heroísmo, las lamen mansamente los pies. Dan muerte á la nigromante quien, con gran sorpresa, hallan era la misma falsa hada protectora que á tales riesgos las expusiera, después de haber hecho asesinar á su padre é incendiarles su vivienda. La encantada mazmorra se torna entonces ínfima cabaña de un enano, que se les presenta sumiso á sus órdenes. Ellas le mandan que resucite á su padre, á lo que el gnomo aquél responde, ello habría sido factible si hubiesen salido del palacio por la puerta de la derecha, guardada por *La Fortuna*, y acaso saliendo por la puerta central ó del *Deseo*, pero ¡oh infelices! lo habéis hecho por la puerta de la izquierda, ó de *La Muerte*, y esto debe costaros la vida á una.» Un rayo vibra en efecto en el espacio, y Aurelia es reducida á cenizas. Florinda la llora y presentando al monarca de la isla la cabeza de la hechicera, viene á casarse con él y ser reina.

Este tremebundo mito es un símbolo del heroísmo que es preciso para vencer en la gran lucha por la Vida Espiritual, contra todas las pasiones y temores. El candor y la pureza de unas niñas triunfa cual triunfase de Goliat el pastorzuelo David y cual todos los *pequeños* en centenares de mitos. Los rasgos de la leyenda son los de su época caballeresca y no precisan ser puntualizados, pero hay también elementos griegos en ella, tales como el de Castor y Polux y otros orientales como el simbolismo de las tres puertas por las que se sale camino de la inmortalidad trascendente y son la estrechísima de *La Fortuna* ó triunfo completo sobre nuestras limitaciones; la del *Deseo*, el más fuer-

te acicate de la mente y el camino por el que vamos todos hacia el Ideal, pero no sin pasar una, ó más bien varias veces, por la tercera puerta: la puarta de *la Muerte*.

El lector que haya sabido leer entre líneas en estos brevísimos extractos habrá visto por un lado sus grandes conexiones con la obra de Cervantes, y por otro con el secreto espíritu de toda la *andante caballería*, literatura cuyo simbolismo que acaso no supo entrever éste al ridiculizarla tan cruelmente como lo hizo, porque si bien es ella tan despreciable é infantil como lo son todos los mitos tomados al pie de la letra, una mirada verdaderamente filosófica y crítica adivina pronto, sin embargo, que su grosería y necedad está más en nosotros que en ellos, porque con ellos hemos hecho lo que solemos hacer con todos los ideales: prostituirlos cual el majadero que pretendiese reirse de las fábulas de Esopo ó Fedro, porque hace decir y hacer á hombres y animales cosas imposibles, sin comprender que, tras esta dura cáscara la más propia para mentes infantiles, se esconde el néctar dulcísimo de unas enseñanzas morales de lo más puro que puede darse sobre la tierra. El coloso de la Religión-Sabiduría, á que aludiésemos al principio, se nos muestra entonces con toda sublimidad, como síntesis de cuanto la ciencia y las castas creencias de todos los pueblos han expresado de mil diversas maneras, que en el fondo son una: la Tétrada excelsa de la Verdad, el Bien, la Belleza y el Orden, que puede hacer dioses de los hombres.

M. ROSO DE LUNA.

FORTALEZAS EXTREMEÑAS

EL CASTILLO DE PIEDRABUENA

A mi querido amigo Andrés Sánchez de la Rosa.



LEJOS de mirar como antiguallas inútiles nuestros viejos y ruinosos castillos, conceptúo su estudio, y el de las atrevidas empresas desde ellos realizadas, más que nunca necesario en estos días, tan escasos de fe y de patriotismo, como llenos de olvido, cuando no de desprecio, hacia un pasado glorioso. ¡Libreme Dios de echar la llave al sepulcro del Cid!

No habrás olvidado que así te hablé al visitar, por vez primera, á Piedrabuena, en una tarde otoñal, cuando juntos contemplábamos los muros del castillo, dorados por los últimos rayos del sol. Son para nosotros, te añadía, estos venerandos monumentos la palabra imperecedera de remotas edades, y en sus sillares dejaron cien héroes escritas con sangre admirables lecciones, que señalan á las generaciones futuras el camino del deber.

No es posible, mientras en nuestro pecho viva el amor patrio, olvidar que, desde esas almenas, se alzó repetidas veces el grito de guerra contra los enemigos de la Religión y de la independencia nacional, ni desechar el pensamiento de que, al igual de los monasterios de entonces, levantaron con sus manos este castillo, y los contiguos de Azagala y Mayorga, los mismos que los habitaban. Ni el piadoso monje ni el valiente soldado se desdeñaron, el primero cuando terminaba sus preces, y el segundo al volver de la pelea, en transformarse en humildes peones, y si la edad les impedía servir en tan rudos

trabajos, allegaban para las obras las limosnas recaudadas con solicitud afanosa y el botín ganado en la batalla.

¿Por qué, pues, no hablar de estos castillos, símbolo de las nobles aspiraciones y del valor de nuestros abuelos, y ejecutoria brillante de la epopeya de la Reconquista? ¿Por qué no conservarles en su artística y venerable grandeza, y, si la acción del tiempo amenaza con la destrucción, tender una mano generosa para salvarles de la ruina?

Cierto es que ya no aparece en sus torreones el atento vigia, ni están los matacanes henchidos de pesados guijarros, ni los cubos de saetas, ni guardan sus cuadras ballestas, lanzas, espadas y corazas, ni ondea en la torre del homenaje el glorioso pendón de la Orden de Alcántara, terror de la morisma. Faenas más pacíficas ocupan á los actuales moradores del castillo y del territorio que formó su extensa y rica Encomienda.

Estas circunstancias no son suficiente motivo para prescindir de la idea antes apuntada, y menos ahora en que, con aplauso de los entusiastas de los monumentos regionales, estás restaurando el castillo bajo la inteligente dirección del arquitecto D. Mario López Blanco.

Quiero coadyuvar á tu empresa, y me daré por satisfecho si, al trasladar al papel los recuerdos históricos que encierra el castillo, logro aumentar tu interés por la conservación del mismo, y añadir un rato más de solaz á los muchos que, con tus atenciones y lo pintoresco de la finca, proporcionas á los visitantes, satisfaciendo con mi relato su natural curiosidad de saber cuándo y por qué se levantó esta fortaleza.

Contemporáneos del de Piedrabuena los castillos de Mayorga y Azagala, y sujetos á las mismas vicisitudes, tanto por su proximidad como por razón del origen, juzgo necesario hablar también de ellos, á fin de dar á esta reseña la claridad y unidad debidas.

Origen del Castillo.—Recuperada segunda vez la villa y fortaleza de Alcántara del poder de los moros por el Rey D. Alonso IX de León el 17 de Enero de 1213, las entregó, á los cuatro meses, á la Orden de Calatrava, según consta de un Privilegio otorgado á la misma en 28 de Mayo siguiente. Haciéndosele difícil al Maestre de dicha Orden la defensa de lugar tan apartado, cedió en 16 de Julio de 1218 la villa con su castillo á la Orden de San Julián del Pereiro, cuya donación fué confirmada por el Rey, con promesa, además, de que sería suyo todo el territorio que conquistase en adelante.

Esta Orden que, desde entonces, tomó el nombre de Alcántara, no anduvo perezosa, pues, en el corto plazo de dos años, su Maestre,

D. Frey García Sánchez, avanzó hasta Valencia de Alcántara y demás pueblos limítrofes, apoderándose de ellos en 1220. Convencido del escaso resultado práctico de las correrías llevadas á cabo en el territorio extremeño durante los siglos precedentes por las tropas castellanas y leonesas, que recogían ciertamente no escaso botín y quebrantaba las fuerzas del contrario, pero concluían por retirarse, licenciando su ejército y dejando los pueblos sometidos á sangrientas represalias y á nueva y más dura esclavitud, varió de táctica el experto Maestro con notables ventajas. Al igual de las otras Ordenes militares, la de Alcántara organizó sus fuerzas de un modo estable y permanente. Además de esto, cada pueblo que conquistaban sus aguerridos caballeros, era amurallado y guarnecido por ellos, y, en los puntos estratégicos, levantaban castillos y casas fuertes, bajo un plan de defensa hoy admirado por los peritos en el arte de la guerra.

En aquella fecha, y con el fin que acabamos de indicar, nació la fortaleza de Piedrabuena. Dándose la mano con las inmediatas de Mayorga y Azagala, y las casi inespugnables de Alburquerque y Valencia de Alcántara, completaron el pensamiento antes expuesto, impidiendo para siempre el retroceso de los árabes al terreno conquistado, protegiendo aquel formidable avance de nuestras tropas hasta repasar el Guadiana en la primera mitad del siglo XIII, y amparando los campos y ganados contra la rapacidad mahometana.

Algunos arcos ojivales que aún quedan en Piedrabuena de la primitiva construcción, varias gárgolas, cubos, almenas y escaleras de caracol, que hemos estudiado atentamente, no acusan mayor antigüedad que la indicada.

La primera vez que, en documento público, se cita á Piedrabuena, y lo mismo á Mayorga y Azagala, con una excepción para el último, que luego anotaremos, es en la Concordia entre el Obispo de Coria y la Orden sobre jurisdicción, la que fué otorgada en Cáceres á 4 de Junio de 1257. Pero hay que notar que, en esa fecha, además de los castillos, constituía cada uno de ellos pueblo con iglesia y Concejo.

Pocos años más tarde se suscitaron contiendas sobre división de términos entre la Orden y Badajoz, pretendiendo el Concejo de esta que estaban en su territorio Piedrabuena, Azagala y Mayorga, y las sierras de San Pedro y San Mamed. Sometido el litigio á D. Alonso el Sabio, decidió en Sevilla á 14 de Abril de 1264 que Azagala quedase sujeto á Badajoz y el resto á la Orden.

En 1270 D. Fernando de Portugal se apoderó de Alcántara y Valencia, y es verosímil que extendiese á estos castillos su dominio, pero,

caso de suceder así, debió durar poco tiempo, como demostraremos á continuación.

Azagala.—Ulloa y Golfín, en los *Privilegios de Cáceres*, da á entender la mucha antigüedad de esta fortaleza diciendo: «Fué un castillo muy disputado en todos tiempos, por ser en el de los Moros antemural de Badajoz, y, después de la conquista de Extremadura, una grande defensa de las hostilidades de Portugal». A pesar de tan categórica afirmación, hecha en el siglo xvii por el docto cacereño, dudamos mucho de que sea este castillo tan antiguo como él pretende. Ni en 1171, al confiar el Rey D. Fernando II á la Orden de Santiago el castillo de Alburquerque, ni cuando un poco más tarde en 1217 repobló dicha Villa D. Alonso Téllez de Meneses, ni siquiera en 1225 en que dicho caudillo reclamaba con insistencia, por medio del Papa Honorio III, el auxilio de la Orden de Santiago para sostenerse allí contra las acometidas de los Arabes, en ninguna de estas ocasiones se menciona el de Azagala, lo que, caso de existir, hubiera sido muy natural, dada la proximidad al de Alburquerque.

La primera vez que se habla por nuestros Cronistas, no del castillo, sino del territorio de Azagala, es con ocasión de la derrota sufrida allí por nuestro D. Alfonso VI en 1086. Designan aquellos campos los Historiadores con los nombres de Sacralias, Sallaque, Satalias, Sajalia, Zalaca y Zagalla, lo que ha dado lugar á que algunos fijen esta batalla en otros sitios. Para nosotros no ofrece duda alguna, máxime cuando el *Tumbo de Santiago y los Anales Complutenses* afirma que tuvo lugar en Zagalla, con cuyo nombre fué conocido siempre en la antigüedad este territorio. Para llevar dicha batalla, como quieren algunos, á la dehesa de Sagrajas, próxima á Badajoz, hay que violentar hasta la gramática.

Noticioso Alfonso VI, que se hallaba sitiando á Zaragoza, de haber desembarcado el Emperador de Marruecos en Algeciras y que, en unión de los Reyes de Sevilla, Granada y Badajoz, venia con 200.000 infantes y 80.000 caballos contra nosotros, voló á detener su paso, reforzando su ejército con las huestes catalanas y aragonesas del Conde D. Berenguer y del Rey D. Sancho.

Se encontraron ambos ejércitos en los campos de Azagala, invirtiendo los tres primeros días en cruzar mensajes ambos Reyes, pretendiendo, nada menos, el almoravide del monarca castellano, que renegara de su fe y le pagara tributo de vasallaje. Rechazada tan indigna y arrogante proposición, y sin embargo de que nuestro ejército ocupaba posiciones más desventajosas que las del contrario, y era inferior

en número, D. Alfonso VI aceptó la lucha. El resultado fué fatal para nuestras armas con pérdidas de tanta consideración por ambas partes, que afirma en su Historia el Arzobispo D. Rodrigo «duraba la memoria hasta su tiempo».

Herido D. Alfonso se refugió á Coria, dejando al Obispo de León D. Pedro, al valiente caudillo Alvar Yáñez Minaya y al Conde García Ramirez en el campo de batalla para contener el avance de los enemigos, organizar la retirada y recobrar, á la vez, parte de lo robado. Fueron recibidos por el Rey con extraordinario regocijo en Coria, y entonces fué cuando, dirigiéndose al Obispo de León, repitió la célebre frase «*gracias á Dios que hacen los clérigos el oficio de los caballeros y los caballeros se han tornado clérigos por mis pecados*». Se refería el Rey á los Infantes de Carrión, al Conde García Ordóñez y á otros que habían huído cobardemente.

Dijimos antes que, caso de haber existido, debió ser corta la dominación de D. Fernando de Portugal, como lo demuestran varios documentos del Archivo Catedral de Badajoz. En uno de ellos, fechado en Toro á 16 de Octubre de 1291, dice el Rey D. Sancho IV: «D. Sancho por la gracia de Dios Rey de Castilla de León etc. á vos Juan Alfón, Señor de Alburquerque, salut como aquel que amo é en quien fio. Ruego vos é mando vos que los derechos que el Obispo é el Cabildo de Badallós en aver en los diezmos de Azagala, que jelos fagades dar bien é complidamente assí como los avían quando este logar era de Badallós etc.»

Al año siguiente, en cumplimiento de la precedente orden, D. Juan Alfonso, desde Badajoz á 23 de Noviembre, escribe á los de Azagala. «De mi D. Juan Alfonso, Señor de Alburquerque, al Alcalide é al Concejo é á los Alcaldes de Azagala, salut como aquellos que mucho amo é en quien mucho fio. Mando vos que los derechos que el Obispo de Badalloz avia é en la iglesia de Azagala en los diezmos é en las premiicias é en las otras cosas que se contienen que son derechos de la iglesia, quando este logar sobredicho era de Badalloz, é quando me lo dió á mí el Rey D. Sancho por me facer onras é mercet, que gelos fagades dar etc.»

Este D. Juan Alfonso, á quien D. Sancho IV dió el Señorío de Azagala, era hijo de Alonso Sánchez, hijo bastardo del Rey de Portugal D. Dionis y de D.^a Aldonza de Sousa, Infanzona de Galicia. Casó el D. Alfonso con Teresa de Meneses, hija de Alfonso Tellez de Meneses, el poblador de Alburquerque, y de Teresa Sánchez, hija bastarda de D. Sancho I de Portugal.

El Señorío de Azagala continuaba vinculado en esta familia en 1303, según lo acredita la siguiente inscripción, que subsiste todavía en una de las torres del castillo: «D. Martín Gil de Sousa, Conde de Barcelos, Alferez do Rey de Portugal, é Moordomo moor do Infante D. Alfonso, seu fillo moor, heredeiro é Senhor de este Castello, mandó facer esta torre, é foy comenzada no mes de Mayo, no Era de mil é trecento é quarenta é un años (1303), é por ende mandou aqui suas siais por Deus lle perdone.» Debajo están dos escudos de Gil de Sousa.

D. Martín, según Ulloa, legó este castillo en 1312 á su sobrino don Pedro de Castro, pero su cuñado Alonso Sánchez se resistió á entregarle, y continuaba en posesión de él en 1322, en cuya fecha firma una Concordia sobre límites con la villa de Cáceres.

Poco después, en 1331, el Infante D. Sancho, hijo bastardo de don Alonso XI y D.^a Leonor de Guzmán, recibió este Señorío, que parece se le disputó D. Juan Alfonso de Alburquerque, privado de D. Pedro I de Castilla. Haciendo caso omiso de estas vicisitudes, solo diremos que, al concertarse como base de la paz con Portugal en 1371 el matrimonio de dicho Rey con la Infanta D.^a Leonor, hija de D. Enrique II de Castilla, se dieron en *fielddad* (rehenes) los castillos de Alburquerque, Alconchel y Azagala. Rotas las paces, no tuvieron arreglo definitivo hasta 1373, mediante el matrimonio de la Infanta D.^a Beatriz, hija del Rey de Portugal, con el ya citado D. Sancho, que recibió de nuevo el castillo de Azagala.

Por muerte de D. Sancho, ocurrida en 1374, entró en el Señorío su hija D.^a Leonor de Castilla, llamada la *Ricahembra*. Suspendemos un momento el relato para referir un suceso, acaecido en aquella época, y que en algo afecta á Piedrabuena.

Muerte del Maestre de Alcántara.—Antes de dar cuenta de este trágico suceso, dejaremos aquí consignado que, desde fines del siglo XIII, figura como Encomienda Piedrabuena. Acude su Comendador Gonzalo Rodríguez (1) en 1300 con su mesnada á los campos de Carmo-

(1) Además de éste, en los siglos XIV y XV, se tiene noticia de los siguientes Comendadores, quienes tenían obligación de acudir con seis lanzas al Maestre, en tiempo de guerra:

SIGLO XIV

Fr. Ray Fernández.
Fr. Diego Alfonso.
Fr. Pedro Malfeito.
Fr. García Pérez.
Fr. Lope Fernández Escaño.
Fr. Rodrigo Alvarez de Fuencirio.
Fr. Juan Alvarez.
Fr. Suero Perero.

Fr. Alfonso Díaz.

SIGLO XV

Fr. Manuel González de Vergara.
Fr. Gil García de Raudona.
Fr. Diego de Soria.
Fr. Juan de Salazar.
Fr. Pedro de Herrera.
Fr. Antonio Bravo de Jerez.

na y Tarifa. Tardó algunos años más Mayorga en aparecer como Encomienda, por haber estado incorporada á la de Valencia de Alcántara.

D. Gonzalo Martinez de Oviedo, Despensero mayor de la casa del Rey, obtuvo el Maestrazgo de Alcántara en 1337. Fué muy celoso por el bien de la Orden y prestó, además, grandes servicios á D. Alfonso XI, en cuya Corte, y formando parte de su Consejo, residía casi siempre. Venció á los Moros en las gloriosas jornadas de Ronda y Arcos, y el Rey le dejó por Caudillo de la frontera durante todo el año siguiente.

Resentida con Martínez de Oviedo D.^a Leonor de Guzmán, por no prestarla éste ayuda en sus intrigas cortesanas, sino más bien contrariarla, se dió maña para malquistarle con el Rey y quitarle la privanza de que gozaba. Se le acusó de traidor y de querer someterse, con los castillos de su Orden, á la obediencia de Portugal. Llamado á la Corte se excusó de acudir, temeroso de algún atropello, y abandonando á Jerez se vino con la gente que tenía á Morón, que era de la Orden y desde allí á Valencia de Alcántara, en cuyo castillo se hizo fuerte con la esperanza, dicen algunos cronistas, si las cosas no mejoraban, de poder internarse en Portugal. Cruzáronse varias cartas entre el Rey y el Maestre sin llegar á una avenencia. Irritado el primero con todo esto, y azuzado por los enemigos del Maestre, se vino por Talavera y Almaráz á Cáceres. Convocó inmediatamente á los Concejos de la comarca y con sus tropas marchó á Valencia á sitiarse la fortaleza. Después de recia lucha y frecuentes conferencias, requerido el Maestre á que se rindiera, fiado de su inocencia y de los grandes servicios prestados en la guerra, se allanó á obedecer al Rey. Bajó de la torre del homenaje, la única que le había quedado, y cubierto con las banderas y estandartes, que poco antes había ganado á los Moros, echóse á los pies del Rey implorando su clemencia. Este, arrebatado de cólera, mandó á D. Alonso Fernández Coronel que le llevase á la plaza de la Villa para ser degollado, é inmediatamente se dió cumplimiento á tan sanguinario decreto. El Rey dió el castillo al nuevo Maestre D. Nuño Chamizo y, acompañado del mismo, fué á recobrar los castillos de Alcántara. Piedrabuena y Santibáñez, que estaban por el desgraciado D. Gonzalo, No opusieron la menor resistencia, y el Rey dió personalmente la posesión de ellos al Maestre Chamizo. Tuvieron lugar estos sucesos á fines de 1339 ó principio de 1340.

No mereció ciertamente en esta ocasión y en algunas otras D. Alonso XI los títulos que le adjudica un Cronista de «muy alto et muy noble, et mucho honrado, et muy famoso, et bien aventurado et virtuoso

Rey», siquiera resultasen ciertos los planes que se atribuyen al desgraciado Maestre, de andar en tratos con el Rey de Portugal.

Prescindimos de las luchas del siguiente reinado, porque afectan á Alburquerque más que á estos castillos, y fueron motivadas por el odio del Rey D. Pedro al que antes fué su privado D. Juan Alfonso. Por eso consignamos solamente que en 1354, después de conquistado Medellín, vino el Rey á Alburquerque, la Codosera y Azagala, con ánimo de quitar estos castillos á D. Juan Alfonso, lo que no pudo conseguir. Repitió el intento en 1366, pero también inútilmente.

En 1369, á la muerte del Rey, se pusieron los tres castillos, aunque por poco tiempo, á la obediencia de D. Fernando I de Portugal.

Los Infantes de Aragón.—Dejamos arriba indicado, que obtuvo D.^a Leonor de Castilla el Señorío de Azagala con otros varios en 1374. Casó dicha señora con el Infante D. Fernando, llamado el de Antequera, hermano del Rey D. Juan I de Castilla. Fueron sus hijos los famosos Infantes de Aragón D. Alonso, que llegó á ser Rey de Aragón, Nápoles y Sicilia; D. Juan, que lo fué de Navarra; D. Enrique, Maestre de Santiago, en quien recayeron los Señoríos de Extremadura; D. Pedro, que murió en Nápoles; D. Sancho, Maestre de Alcántara, y D.^a María y D.^a Leonor, casadas respectivamente con los Reyes de Castilla y Portugal D. Juan II y D. Duarte.

En 17 de Mayo de 1418, hizo D.^a Leonor renuncia de todos sus estados de Extremadura en favor de su hijo D. Enrique. Este casó con la Infanta D.^a Catalina, hermana de D. Juan II.

Haciendo caso omiso de otras discordias y resentimientos, que mediaron entre los Infantes y el Rey, nos limitamos aquí á los referentes á Extremadura, y con más minuciosidad los relacionados con estos castillos, siguiendo el orden cronológico, á que ajustamos nuestro humilde trabajo.

En 1429, dejando el Infante D. Enrique á su mujer D.^a Catalina en el castillo de Segura, acompañada del Obispo de Coria D. Martín Galos, se vino, con su hermano D. Pedro á Trujillo, y, desde allí, azuzados por el odio á D. Álvaro de Luna, dieron comienzo á la guerra más asoladora que registra la historia de esta comarca.

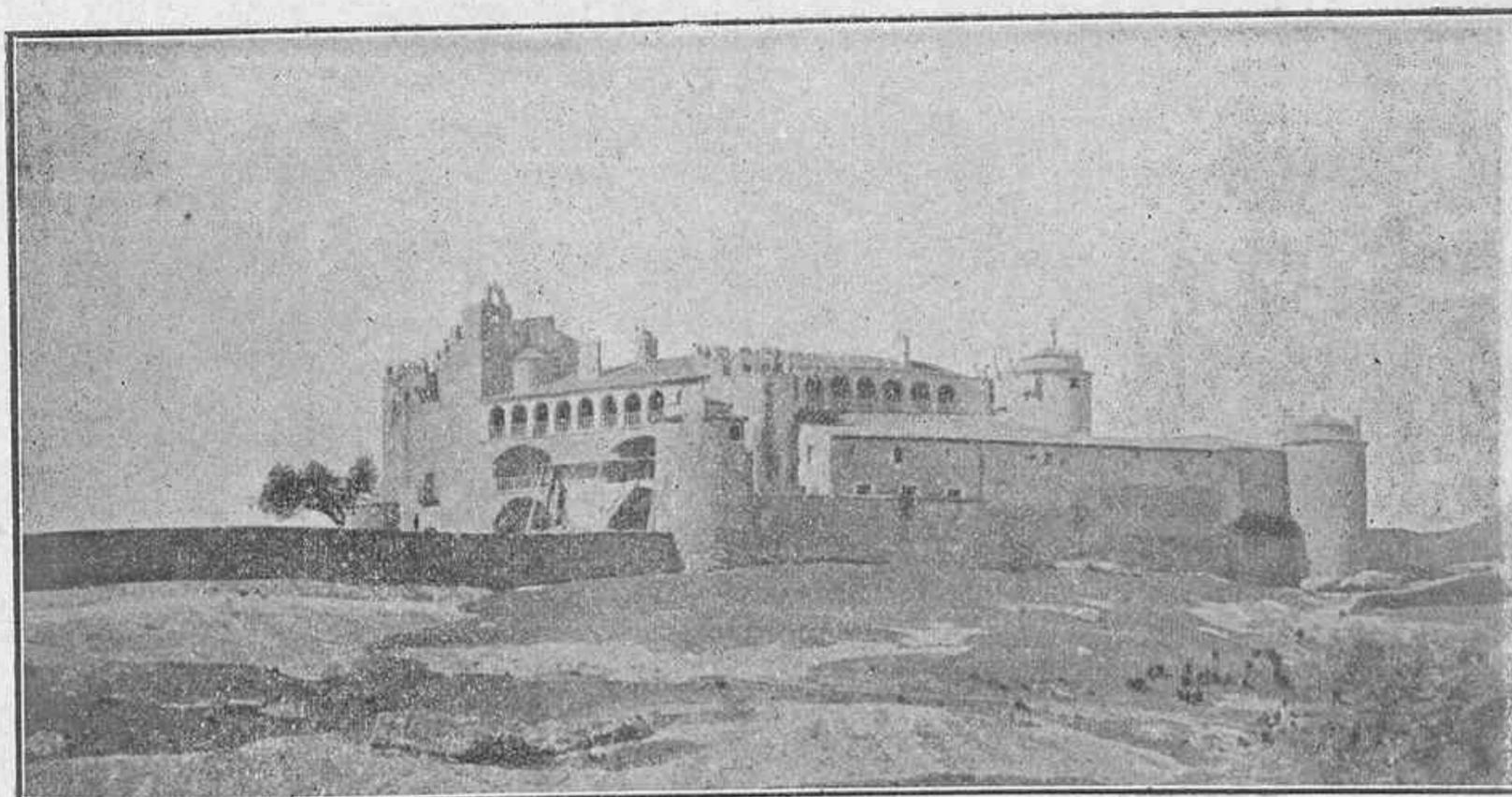
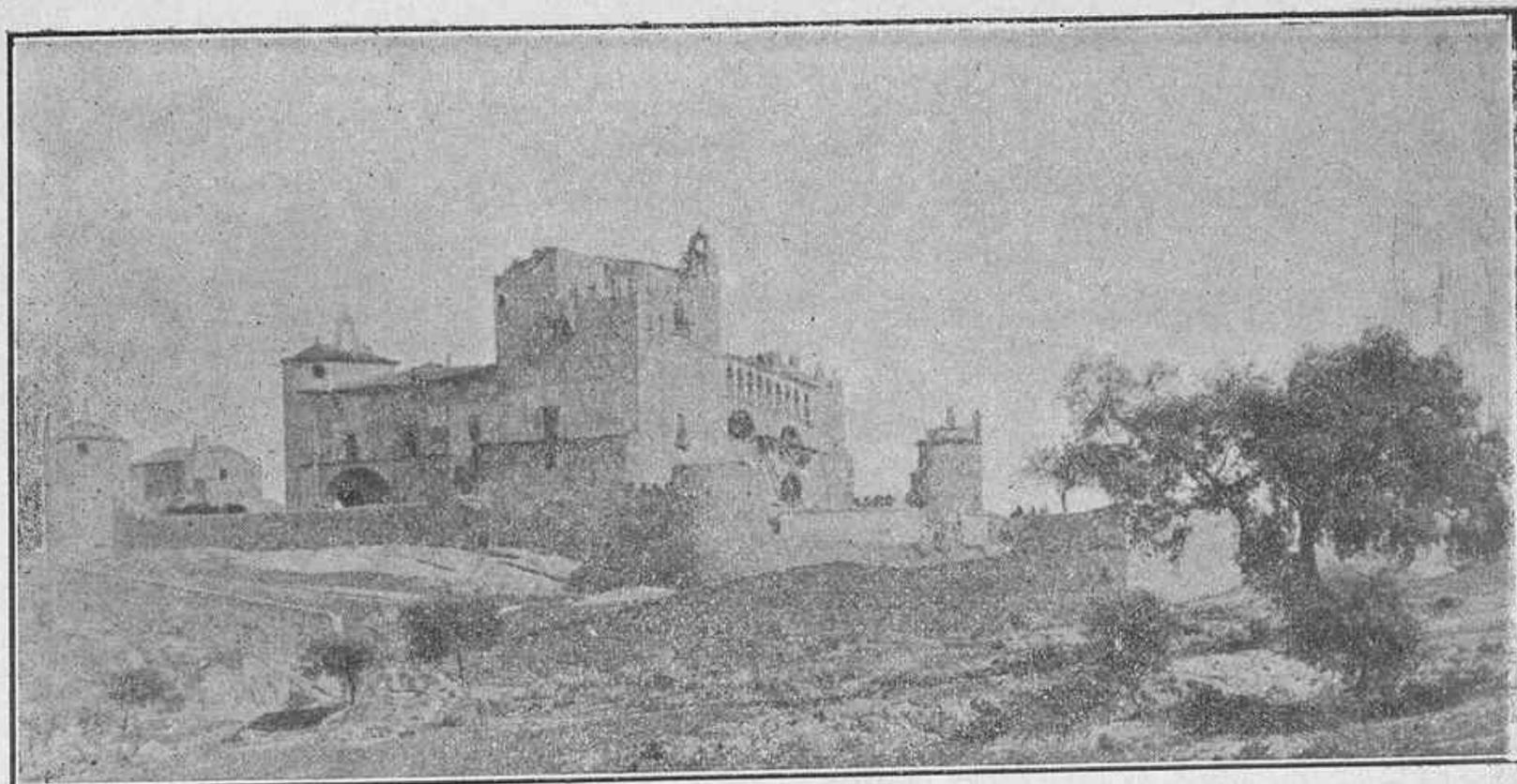
A la vuelta de Aragón supo D. Juan II en Peñafiel, los graves males y daños que causaban los Infantes en Extremadura. Quiso ir en persona á remediarlos, pero ofreciendo poca seguridad los Reyes de Aragón y de Navarra, temió alejarse mucho y envió, en su lugar, al Conde de Benavente, y poco después á D. Álvaro de Luna. Estos, con fuerzas numerosas y 200 hombres facilitados por los Maestres de Ca-

latrava y Alcántara, se dirigieron á Trujillo. Noticiosos los Infantes del crecido ejército que venía contra ellos, pegaron fuego al arrabal, marchándose con 300 caballos y 1.000 infantes á Alburquerque, cuyo castillo era más seguro y ofrecía, á la vez, facilidad para recibir socorros de la frontera portuguesa.

El Condestable, por medio de una extratagema que detallan minuciosamente nuestros cronistas, se apoderó de la fortaleza de Trujillo. Dejando en ella Alcaide y Corregidor de su confianza se encaminó á Montánchez, cuyo castillo estaba también por los Infantes. Se resistió con valentía el Alcaide, manifestando repetidas veces que solo al Rey entregaría la fortaleza. Se apresuró D. Álvaro á transmitir la noticia al Rey, que se hallaba en Medina del Campo, añadiéndole que con su presencia juzgaba se habían de entregar también Alburquerque y Azagala.

Mientras llegaba el Rey, se fueron el Condestable, el Conde de Benavente y los caballeros que le acompañaban, á Alburquerque, sabedores de hallarse los Infantes dispuestos á dar la batalla á cualquiera que viniese contra ellos, excepción hecha del Rey. Cuatro horas esperó el Condestable, y, en vista de que no salían, les envió un cartel de desafío. Hubo sobre esto varias contestaciones sin que ninguno se diese á partido. El Condestable, mirando que comenzaba el rigor del invierno, se fijó de asiento en Piedrabuena, y allí estuvo hasta la llegada del Rey á Cáceres. Al paso de éste por las barcas de Alconétar, se hundió una de ellas, ahogándose 40 personas de la comitiva del Rey, entre ellos Pero Díaz de Sandoval, sobrino del Adelantado. Después de enterarse de lo que pasaba, fué el Rey en los primeros días de 1430 á Montánchez, cuyo Alcaide le entregó sin dilación la fortaleza. De allí se dirigieron á Piedrabuena, desde donde, en 4 de Enero, escribió el Rey á los Grandes una carta, que trae Pérez de Guzmán en su *Crónica*, participándoles los actos de rebeldía cometidos por los Infantes contra su persona. Desde allí se dirigieron á Alburquerque, y los Infantes, contra lo que se esperaba, desacataron al Rey, disparando tiros y saetas contra sus tropas. El Rey, en vista de tan pertinaz desobediencia, les declaró traidores, confiscándoles á la vez todos sus Estados. Después de dar órdenes para continuar la lucha, se fué á Guadalupe y de allí á Medina del Campo.

No se intimidó con tan extraordinarias medidas el Infante D. Enrique, ni con la prisión de su hermano D. Pedro, llevada á cabo por el Comendador mayor de la Orden de Alcántara en 1431. En este mismo año se avistó en el castillo de Piedrabuena con el Maestre de Alcántara D. Juan de Sotomayor, el Clavero Frey Martín de Manjarrés,



VISTAS DEL "CASTILLO DE PIEDRABUENA,"

y el Obispo de Coria que vino desde Aragón á Portugal, acompañando á la mujer de D. Enrique. En esta Junta se ocuparon principalmente de libertar á D. Pedro de la prisión y de la continuación de la guerra.

Enviados por el Rey, vinieron en 1432 á combatir á los Infantes, el Adelantado D. Pedro Manrique y el Almirante D. Fadrique Enriquez. Aunque talaban la tierra de Alburquerque y la de las Encomiendas y causaban muchas molestias á sus habitantes, D. Enrique alentado y ayudado por el Maestre de Alcántara, continuó la lucha con valentía. Solo cuando se convenció de la imposibilidad de libertar á viva fuerza á su hermano, es cuando se resignó á obtenerla mediante la dura condición de entregar los castillos de Alburquerque y Azagala, últimos que le quedaban.

Se embarcaron los Infantes en Lisboa con rumbo á Nápoles, acompañándoles el Maestre de Alcántara y el Obispo de Coria, que compartieron con ellos las penalidades del destierro. D. Pedro falleció en el cerco de Nápoles y el Obispo de Coria en Florencia. Hemos visto su sepulcro en Santa María la Nueva. También murió en suelo extraño el Maestre de Alcántara víctima de su lealtad á los Infantes.

La Reina D.^a Leonor, á pesar de la nobleza de miras con que siempre procedió, y de sus constantes gestiones en favor de la paz, no pudo librarse de ser reclusa en el Convento de Santa Clara de Tordesillas, y de ver embargados sus bienes, so pretexto de que favorecía á sus hijos. El Rey de Portugal se interesó vivamente por la libertad de D.^a Leonor, con cuyo motivo D. Juan II comisionó al Obispo de Plasencia, D. Gonzalo de Santa María, para ir á Tordesillas y acompañar á D.^a Leonor á Medina ó al punto que ella eligiese. Le autorizó al mismo tiempo para alzar el embargo de todos los bienes y castillos de la Reina, con tal de prometer, como lo hizo, no dar ayuda á sus hijos en adelante. Murió de pena D.^a Leonor en Medina del Campo á 16 de Diciembre de 1435, al recibir la noticia de la prisión de sus hijos en la batalla naval de Ponza.

Regresó á España el inquieto D. Enrique en 1437, encendiendo de nuevo la guerra, que duró hasta 1445, en que, á consecuencia de las heridas que recibiera en el encuentro de Olmedo, murió en Calatayud.

Todavía, después de muerto el Infante, se trató de prolongar la lucha y, para terminarla, vino D. Juan II en el otoño de dicho año á Cáceres y desde allí, por Arroyo del Puerco, se dirigió á Alburquerque. En vista de la resistencia de la plaza, retiróse el Rey á Piedrabuena, desde cuyo castillo pidió ayuda á Lorenzo Suárez de Figueroa, Señor de Zafra, al Maestre de Alcántara y á los Concejos de Cáceres

y Trujillo. Reunida la gente de armas en Piedrabuena, volvió el Rey contra Alburquerque. Era Alcaide un hijo del Condestable Ruy López Dávalos y se negaba á entregar el castillo, salvo al hijo ó hija que naciera de la Infanta D.^a Catalina, que quedó embarazada á la muerte de su esposo D. Enrique. Tan pronto como fué reconocido el Rey, se entregaron, primero los de la Villa, luego los del castillo y finalmente, los de Azagala, cuya fortaleza dió nuevamente el Rey á D. Álvaro de Luna, como consta del privilegio otorgado en Toledo á 29 de Diciembre de 1445, la que poseyó hasta su desastrosa muerte. Entonces volvió este castillo á la Orden de Alcántara, y, veinte años más tarde, se erigió en Encomienda, una de las mejores del Priorato.

El Rey D. Enrique IV en 1461, á cambio de Morón, Arahál y Castillo de Cote, dió á la Orden de Alcántara el castillo de Azagala y las villas de Villanueva de Barcarrota y Salvatierra.

EUGENIO ESCOBAR PRIETO.

(Se continuará).

CUQUITO Y PERINOLITA



ALUD, riqueza, alegría, albura de conciencia, caricias de esperanzas, paz espiritual, apretado tejido de cariños familiares, respetos y consideraciones de vecindad...—el *bene vivit* del filósofo,—saturaban, con la gracia de Dios, el amplio y confortable caserón de los señores de Murillo, á cuya puerta monumental y blasonada no llegaba arrastrando sus harapos la miseria ni sollozando la desgracia, sin que la dádiva y la piedad de sus dueños dejasen de trocar en hartura y en consuelo las cuitas de los menesterosos.

Era la víspera del día de Reyes, y la preciosa Matilde, terminada la cena, preguntó á sus padres y á sus tíos, cesando en el pueril entretenimiento de hacer girar el brillante servilletero en el mango de plata de un cuchillo que tenía asido por la hoja:

—Y... ¡vamos á ver! ¿qué es lo que esta noche me echarán los Reyes Magos?

—¡Calla!... pues es verdad que ya no deben estar muy lejos esos monarcas, que tanto obsequian á las niñas con dulces y juguetes,—observó D. Pedro, padre de la interrogante, con faz placentera y como haciéndose de nuevas.

—Cuando más, distan dos leguas del pueblo, que, á paso ordinario, pueden salvar en dos horas,—añadió D. Valentín, Coronel retirado, cuya inmaculada espada, podía figurar, sin desdoro, en el relicario de la inocente colectividad de las once mil vírgenes.

—¿Y qué crees tú, tiito, que me echarán?—le interrogó Matilde con gesto entre curioso y picaresco.

—Tú ¿qué querrías?—le preguntó á su vez el veterano.

—Querer... todo y nada; porque aunque dijese «tal cosa,» si ellos luego me echaban «tal otra» ..

—Es que esos señores,—advirtió con sacarronería el Coronel— adivinan los deseos de las niñas...

—De cuatro años,—concluyó con intencionada precipitación Matilde.

—Y de las mujeres reclutas... vamos al decir,—repuso el militar.

—¿Lo dices por mí, viejito mío?—le interrogó con gachonería y guiñándole los ojos la joven, que sentada junto al secuaz de Martes, se recostó sobre él, echándole el brazo derecho por encima del cuello, y poniendo su cara fresca y risueña debajo de la del militar, al que miró con destellos retadores.—¡Pues si yo fuese recluta...!

—¡Sí, sí, traerías hecha un tontillo á la compañía... no lo dudo.

—Pero, bueno,—intervino D.^a Perfecta, su madre,—¿tú qué pedirías?

—Pues pediría... pediría...—respondió incorporándose sobre el asiento,—la vara de la justicia en forma de roscón de alfajor,—contestó mirando maliciosamente á su otro tío, D. Justo, Magistrado jubilado, que al decir de los curiales,—gente mordaz y descontentadiza,—jamás había revocado una sentencia, por no menoscabar el prestigio de sus inferiores.

—¡Eh, chiquilla! mira lo que dices, que esa vara ni se enrosca ni se tuerce.

—¿Digamos, tiito Justo?... Entonces que me regalen el kikiriki del gallo de la Pasión, en pepitoria.

—Pero qué modo de disparatar,—dijo don Pedro, soltando una carcajada franca y rotunda.

—Sé formal, niña—recomendóle D.^a Perfecta.—Cuando se te pida parecer sobre una cosa, responde con juicio y no salgas por los cerros de Úbeda.

—Pues, formalmente... desearía que me obsequiasen con el ceñidor de Venus.

—¡Aprieta!—exclamaron á duo los dos sujetos de oraciones de pasiva.

—¿Y qué prenda de vestir ó de lo que sea, es el tal ceñidor?—interrogó D.^a Perfecta, que en su vida había oído cosa tal.

—Pues es un cinturón que vale más, más, más... que esas pandere-tas de que habla alguna vez mi tiito Justo.

—Pandectas, chiquilla.

—Bien, Pandectas; y más que todas las estrellas, penachos, galo-

nes, sables y toda esa balumba de chismes que han sido el encanto de mi tiito Valentín.

—Bobadas, bobadas de las muchachas, que se aprenden en esos Colegios á la moderna—repuso D. Justo.

—Ó que le habrá enseñado ese chiflado de Andresillo, que para el caso es lo mismo,—concluyó D. Valentín.

—Bueno, pues si no me han de echar eso, no quiero nada ¡ea! Ya me enfadé yo con los Magos,—dijo la chica, poniendo arrugado el ceño y aparentando hosquedad.

—Mañana nos lo dirás,—objetó el padre.

Y continuaron charlando sobre el mismo tema: ellos tratando de divertirse con Matilde, á la que tiraban de la lengua á cada instante, y ésta, unas veces riendo, otras fingiéndose amoscada, disparando á todos lados como saetas pirotécnicas, esas gárrulas tonterías en que abunda el vocabulario de las muchachas al trasmudar de niñas á mujeres.

Dieron las diez en el reloj de bronce que en medio de dos grandes candelabros del mismo metal ornamentaban, como brillante crestería, la chimenea francesa, y hechas las paces con un ósculo cariñoso que cada uno de los papás y de los exfuncionarios pusieron sobre la frente de Matilde, única heredera de todos ellos, desaparecieron los cinco del comedor á esperar el día de Reyes en brazos de Morfeo.

II

La acariciada joven, así que entró en su alcoba, donde una antigua criada había ya dejado encendida la vela de una palmatoria sobre la mesa de noche, abrió un armario de luna, sacó de él una preciosa canastilla de raso azul, bordada con áureas lentejuelas y cairelada de madroños de seda, que ella había confeccionado en el Colegio, bajo la dirección de las hermanas Carmelitas, sus maestras, y abriendo el balcón, la colocó sobre la repisa, diciendo:

—Ya está el recipiente. Ahora veremos que me echan en él mis cariñosos viejecitos.

Y cerró los cristales, dejando entornadas las puertas de madera.

Al pasar junto á la gran luna del armario de vestir, detúvola ante ella unos instantes la mano acariciadora de la vanidad,—esa diosa consentida de la grey femenina, que pomposa y sugestivamente parecía solicitar sus miradas desde el fondo del espejo,—y no quedó descontenta de sí misma.

A los quince años que contaba, no podía pedirse á la naturaleza mayor despliegue de echizos y de galas. Estatura, esbeltez, ensanches, repujados... todo, maravillosamente delineado y primoroso, delataba en ella, no ya á la niña delicada que vive del calor y los mimos cuidadosos de sus padres, sino á la mujer que entrada en la caldeada recámara de la pubertad, necesita respirar aire de fuera y vibrar al contacto de caricias extrañas.

Sus ojos, negros y hermosísimos, relampaguearon ufanos de la propia contemplación. Su boca, como dos arcos de hostia bañados en púrpura, sonrió con coquetería; y librando á su apretada cabellera, peinada en aureola, de las prisiones á que la tenían sometida horquillas de concha, peinetas esmaltadas, y lazos de terciopelo, dejó caer sobre la espalda la trenza floja que formaba el catogán, que con mano presta lió en forma de rodete sobre el coronal.

Luego se desnudó, abrió la cama, subió á ella con la agilidad de sus quince primaveras, sopló la vela y se esponjó en el albo lecho.

.....

Por la mañana un haz de sol, filtrándose por las vidrieras del entreabierto balcón, cayó sobre la alfombra como un copo de fuego, que alargándose, alargándose, fué trazando un junquillo de luz sobre el pavimento. Llegó al lecho virginal, y haciendo escala de los colgantes flecos de la colcha, ascendió pausadamente al fungoso y sedíneo edredón, cuyas bordadas flores parecieron regocijarse al pasar sobre ellas y encender sus matices. Calladito y recatado, como quien vá á hacer una picardía, avanzó elástico é impalpable, vadeando pliegue tras pliegue, y llegando á la entreabierta boca de Matilde, puso en ella un beso... un beso caliente, escilante, cáustico, fundente, como eran los besos de Febo en los labios de las náyades, á cuya sensación atosigante, la joven se estremeció, despertó y abrió los ojos.

—¡El sol!—exclamó incorporándose en el lecho, y escorzando el perfil correctísimo de su rostro con una graciosa mueca de dormilona, abrió y arqueó los brazos sobre su adorable cabeza en voluptuoso desperezo, como dos hermosos remos de nacar que batiesen el vacío.

—¿Y el regalo de los Reyes?—se preguntó en seguida.—Ya estará esperándome en el balcón. Veámos.

Y vistiéndose á la ligera y casi sin abrocharse la bata, abrió el balcón y recogió con mano codiciosa la canastilla, que colocó sobre la cama.

—¡Calla! Una bombonera japonesa de raso... ¡Vamos! me tratan todavía como si fuese una mocosa. Pero es muy bonita: ¡qué matices tan lindos! ¡qué figuritas tan monas!... ¿Y dentro?... Golosinas. Me en-

dulzaré el paladar... y le llevaré algunas á Andrés, para que pruebe del regalo. Mas... ¿qué es esto que veo debajo de la bombonera?... Un papel: una carta muy pulcra y olorosa... ¿Qué dirá?

Y su espíritu, colocado en el balancín de la duda, no se decidía á abrirla ó á no abrirla. Pero la curiosidad, con voz halagadora y persuasiva, díjole al oído «léela!» y eila, seducida por lo desconocido, imán irresistible para la juventud, soltó la bombonera descuidadamente sobre el lecho,—por el que se esparcieron los dulces que contenía,—rompió con timidez y aturdimiento el sobre, y leyó:

«Matilde: Has dejado de ser niña para ser mujer, y puedes oír y leer frases que aunque no escuchadas ni leídas antes, dejarán de ser para tí un enigma, y te las explicarás perfectamente. Tu belleza, creciente de día en día, ha llegado á un punto, que es imposible verte sin adorarte. Por eso yo, admirador de tus gracias, siento por tí un amor que me enloquece. ¿Que quién soy?... Un angel, un réprobo... ¡Qué se yo! ¿Que dónde vivo?... Quizás cerca, muy cerca de tí: puede que tan lejos, que no sea fácil que me alcancen nunca á ver tus ojos. ¿Que qué me propongo?... Adorarte eternamente, sin esperanza de galardón, sin aspiración siquiera á tu agradecimiento ¡quién sabe! Mas te lo digo, para que entre las muchas satisfacciones que te esperan, sepas que hay un ser que te vive consagrado, como se consagra una virgen al Señor del Universo.»

Matilde, al terminar la lectura de la epístola, que nadie firmaba, quedó aturdida, perpleja, desvanecida. ¿Qué pasaba por ella? No lo podía explicar! Su corazón, como invadido por una dulce congoja, aceleraba sus latidos; su mano, como tocada por una pila voltáica, temblaba. Tuvo miedo de que alguien la viese, como si hubiese cometido algún acto punible ó bochornoso, y volvió la cabeza. ¡Nadie! La puerta de su celda de Vestal permanecía cerrada, guardándole el secreto de aquella turbación.

Pero ¿habría leído bien? ¿no sería pura ofuscación de su espíritu lo que le habría producido tal efecto?... ¡Quizás volviendo á leer la carta...

Y la leyó segunda vez, con más detenimiento que la primera, casi delectreándola, haciendo varias pausas... y la comprendió menos. Aquello más que carta era un rompe-cabezas endiablado. ¿Qué ente era aquél que podía ser un ángel y un réprobo, que estaba cerca y lejos, que no aspiraba ni al agradecimiento por aquella pasión que confesaba? ¿Eran tales conceptos pruebas de cabal juicio?

Ensimismada en estas consideraciones, fué sorprendida por su madre, que abriendo la puerta repentinamente entró diciendo:

—Pero, Matilde ¿cómo te se han pegado tanto las sábanas en un día como el presente?... Van á tocar á misa y aún estás así... ¡Ah, sin duda te entretenías con el regalo de los Reyes! ¡Cuánto dulce! Recojámoslos, no enmosten las sábanas.

Matilde que se había guardado apresuradamente la carta, operación que no pasó desapercibida para su madre, acudió á ayudar á ésta en la recogida de las golosinas desparramadas por el lecho.

Luego entraron su padre y sus tíos, antojados de ver el regalo, á los que fué prodigando el acostumbrado beso matutino.

Devolviéronselos ellos, y fueron unánimes y á coro los elogios que hicieron de la bombonera, por cuyo presente felicitaron á Matilde. Esta les ofreció con insistencia un bombón, que los señores no desairaron, y en seguida la dejaron sola para que se arreglase, pues las campanas de la iglesia habían empezado á llamar á los fieles á la fiesta.

No tardó la gentil chiquilla cinco minutos en ataviarse. ¡Bah! ¿se había dicho, por acaso, que hubiese algún forastero en la localidad?

Con precipitación y sin hacer alto en perfiles, se puso una falda de lanilla negra, un blusón de nubiana encarnado, un cinturón de cuero negro con hebilla plateada... medio hizo un lazo en la corbata de encaje que se lió al cuello, dióse cuatro ó seis golpes de batidor en el cabello, púsose un sombrero de terciopelo pañeado, echóse sobre los hombros una capa de homespun, tomó el libro de misa, el rosario y unos guantes que se empezó á calzar, y salió al encuentro de su madre y una doncella, que ya la esperaban, encaminándose las tres á la parroquia, que se alzaba frente á su misma casa, de la que la separaba una amplia plazuela.

Ya estaban en la iglesia y en sitio preferente su padre y sus tíos; no lejos de ellos ocho ó diez criados de ambos sexos, y así que toda la familia estuvo en el templo, cesaron de repicar las campanas y empezó la fiesta.

III

De retorno en casa, desayunóse toda la familia, repitiéndose en tanto los comentarios, las hipótesis, las bromas cariñosas á la joven, sobre el presente de los monarcas orientales. Luego se retiró Matilde á su gabinete, y llamando á la doncella, procedió á un tocado más minucioso y completo que el de primera hora, vistiendo un traje de pañete gris perla adornado de primorosa pasamanería.

Con la cabeza descubierta y la bombonera en una mano, salió de

casa, sola, erguida como una cariátide y desbordando gentileza, y dirigió su paso á otra casita modesta de la misma plaza, frente á la suya, adosada á la parroquia.

En el umbral de la puerta estaba plantada una vieja, cuya cabeza parecía una maraña con ojos, con un badil en la mano izquierda y una escoba en la derecha, que acababa de arrojar á la vía pública las barraduras del zaguán, y se dedicaba unos momentos, por descanso, á figonear con ojos pesquisidores, lo que ocurriese en la vecindad, la cual, al ver llegar á Matilde, se pegó, abriéndole paso, á una de las jambas de la puerta, dándole los buenos días con acento servil y lagotero.

Matilde contestó:

—Muy buenos, Ceferina... ¿Está Andrés en casa?

—Sí, señorita... hace ya un rato.

La precoz gentildona no preguntó más, ni demandó otro permiso, sino que, como quien entra en país conquistado, penetró en el humilde hogar, y empujando una puerta que había cerca de la de la calle, en el zaguán, entró en una amplia y destartalada habitación, diciendo con desenfado:

—¡Aquí estoy yo!

—Ven con Dios, Perinolita,—dijo con acento cariñoso, guardando un papel y levantándose de la silla que ocupaba tras una vieja mesa de pino, un ser que por lo deforme, lo mismo podía inspirar risa que compasión. Jiboso, tuerto, lambrijo, cojo por efecto de una anquilosis ó sea de la rodilla, de faz lampiña, amarillenta y tatuada por un verdadero asterismo varioloso, boquicuévano y narigudo, era verdaderamente una afrenta del sexo varonil, de quien los muchachos se burlaban y los adultos hacían objeto de menosprecio.

¿Y qué era aquel ente averiado, cuya edad á simple vista era un logogrifo inexplicable?

Pudo ser mucho, pero no era nada ó casi nada.

Con mística y fervorosa vocación pretendió ser cura; mas ¿cómo la Iglesia, saltando por sus cánones, iba á conferir órdenes á un sujeto tan irregular? Así que, ya que no presbítero, se contentó con ser sacristán de la parroquia y ganar su subsistencia y la de su madre sirviendo en la casa de Dios, que eran todas sus delicias.

Mas ¿qué antinómia tan palmaria existía entre la parte psíquica y la envoltura fisiológica del lisiado!

De espíritu fino y perspicaz y con un amor al estudio que rayaba en monomanía, no tenía momento suyo, después de terminados los

oficios parroquiales, que no lo dedicase á instruirse. *Saber* era su incesante aspiración, pero saber de todo, lo divino y lo humano, lo vulgar y lo esotérico, y leía y releía, con una intensidad de observación aristotélica, y una amplitud de criterio d'alembertina. La Rochefoucauld le encantaba; Balmes era su filósofo; Chateaubriand su novelista predilecto; y como se sabía al dedillo la *Astronomía popular* de monsieur Arago, sus observaciones le daban el consiguiente acierto para predecir los cambios atmosféricos y meteoros, por lo que gozaba de cierta autoridad entre las gentes campesinas. A fuerza de hojear á Melchor Cano, llegó á saber de lugares teológicos más que el mismo cura: de vez en cuando hacía al médico sus advertencias patológicas, aduciendo siempre opiniones de Virchow; y hasta en una ocasión, habiendo ido á la botica á comprar una droga, paró los pies al maestro de escuela, que desbarraba en materia pedagógica, con una cita de Pestalozzi.

Estos chispazos de suficiencia le habían grangeado la envidia y con la envidia la animosidad de los intelectuales del pueblo, cuyo amor propio ajado en su olímpica estimación titular, no le perdonó aquellos vislumbres de superioridad científica, y lo combatieron con el ridículo, arma la más cruenta y fácil de manejar, dado que la naturaleza, contradiciéndose á sí misma, lo había dotado de tan despreciable catadura. Unos le llamaban Rigoletto, otros el Cíclope, este Quasimodo, aquel el Cojo de Cirauqui, y todos menospreciándolo, befiéndose de él, haciéndole blanco de soeces injurias, sin designarlo una sola vez por su nombre de pila, lo tenían como acobardado, huído de la sociedad, tasando el ultraje, devorando la invectiva, por su falta de fuerzas físicas para afrontar un lance personal con sus detractores, y pidiendo á Dios paciencia para soportar su calvario en este mundo estúpido y vanidoso.

Pues ente tan contrahecho y escarnecido, era el entretenimiento, por no decir el encanto de Matilde, desde su más tierna infancia. ¡Qué rareza!

Como estaba acostumbrada á verlo diariamente, desde sus primeros años, se había abituado á su deformidad y no le parecía tan feo ni repulsivo. Teniendo las casas frente por frente, iba á todas horas á la de Andrés desde que soltó los andadores; y como este le guardada las golosinas que recababa en bodas y bautizos, jugaba con ella, le hacía muñecas y le permitía enredar en todos sus libros y cachibaches, sin dirigirle nunca, aun cuando se los estropease, el más ligero reproche, la niña se desvivía por Andrés, y en cuanto podía se escapaba de su casa á la de éste.

Unas veces se montaba en la única pierna útil del lisiado y le tiraba de los pelos de las narices; otras anudaba las cuatro puntas del pañuelo y se lo encasquetaba en la cabeza, convirtiéndolo en un verdadero mascarón de proa: ya le colgaba de las orejas pendientes de cerezas; ya, callandito y cuando menos lo esperaba el paciente, le hacía cosquillas con una pluma de ave ó una pajuela de bálago en los oídos... en fin, que el cachazudo Andrés era el blanco propiciatorio de sus travесuras, alguna de las cuales hacía reír al sacristán, pero con una risa tan rara, que parecía que se oía el *cú cú* del monótono cuculillo, por lo que la diablesa Matildita le llamaba «su *cuquito*».

El, en cambio, la llamaba *Perinolita*, porque desde que la chica manejó tal cual las piernas, eran tales las tandas que se daba de bailar, al son de un acordeón inválido, que Andrés manejaba medianamente, que en las interminables y rápidas vueltas que daba por el cuarto, parecía verdaderamente una perinola.

Cuando la niña fué creciendo y la curiosidad, esa tendencia innata al saber, empezó á despertarse en ella, encontró en su zarandeado amigo un tesoro inapreciable.

«¿Qué es esto, Andrés? ¿Cómo se llama aquello? ¿Qué representa tal cosa? ¿Para qué sirve tal otra...?» Y Andrés, con el método y la paciencia de un preceptor, se lo explicaba todo, dándole razón de cuanto ignoraba, desde su noción esquemática, hasta los detalles más accidentales.

De suerte que para la chica, después de sus padres —y ¡quién sabe si antes en casos dados!—no había en el mundo ser tan querido como su Cuquito, á cuya casa no había día que no enviase—con beneplácito de sus papás, que en nada la contrariaban—regalos de todos géneros, suficientes á cubrir el *déficit* que la escasa asignación como ministro del altar dejaba en su extenuada bolsa.

No hay que decir cuán cautivas tendría con estas larguezas las voluntades de madre é hijo. Este la quería con amor de padre, de hermano, de maestro... con toda clase de cariños! y á buen seguro que no hubiera habido sacrificio á que no hubiese estado propicio, en bien de su Perinolita, único ser que lo compadecía, lo admiraba y lo colmaba de atenciones.

IV

—¿Y qué tal ha amanecido el día de Reyes para mi Cuquito?—preguntó la recién llegada, avanzando hacia la mesa, carialegre y placentera como volátil triunfante.

—A Dios gracias, bien. ¿Y para tí?

—Para mí... con novedades. Siéntate.

—Ya veo, ya veo,—repitió Andrés, volviendo á ocupar su sillón, y participando de la satisfacción de su amiguita.—Por lo menos tenemos la del vestido.

—Lo estreno, efectivamente. ¿Qué te parece?

—Muy lindo... y que te sienta muy bien.

—¿Te gusto?—le interrogó con deajo de presumidilla la expansiva joven, dando una vuelta de rotación sobre sí misma.

—¡Mucho! Como siempre.

—Bueno, pues ahora, antes que nada, vas á decirme qué es lo que hacías en ese papel que guardaste al entrar yo aquí.

—¡Bah! una tontería.

—Quiero verla.

—Pero si no es nada, mujer.

—Pues quiero verla ¡ea! ¿De cuándo acá me has ocultado cosa alguna?

—Vaya, pues... ahí lo tienes.

Y sacó de la cartera medio pliego de papel de barbas, en el que á pluma se veía pintado, con no mucha perfección, un hombre hincado de rodillas, con la faz contra el suelo, y en lo alto una estrella que arrojaba sobre él haces de luz.

—¿Y esto qué significa?—preguntó la joven después de contemplar el dibujo unos instantes.

—Un sabeista adorando á su divinidad.

—¿Y qué es un sabeista?

—Un hombre que profesa la religión de los astros, tomando al sol y á cada estrella por un Dios.

—¿Pues sabes que este muñeco tiene algún parecido contigo?

—No sé... pudiera dar la casualidad...

—Pero tú no serás sabeista ¿eh?

—¡Ay, Perinolita!—exclamó el sacristán con enigmática fruición.—No lo soy, porque para mí no hay mas Dios que Dios; pero ¡créme! hay en el corazón humano una tendencia ingénita al sabeismo, á veces tan marcada é irresistible, que las más arraigadas creencias ceden, páliden, se ofuscan, ante la hermosura paradisiaca de ciertos soles.

—¡Uy, uy, uy, Cuquito...! Yo no sé lo que tú, pero esa monserga me suena mal, muy mal en boca de un católico, y además ministro del Altar.

—¡Es verdad!—asintió arrepentido el jorobado.—He dicho una

tontería. Ya ves como tu buen sentido me hace volver al buen camino.

—Y dime, los Reyes Magos debían ser sabeistas, pues dicen que los guió una estrella.

—Como casi todos los pueblos orientales.

—¡Qué lástima! Si yo hubiese sabido todo esto con más tiempo, no me hubiera acostado esta noche, para contemplar la estrella que los trajo á nuestro pueblo.

—¿Pero han estado aquí?—preguntó con aparente admiración Andrés.

—¡Claro que sí!—contestó con fingida credulidad su interlocutora:—como todos los años. Y para que lo creas... aquí tienes la prueba.

—Muy bonita,—dijo Andrés tomando la bombonera y examinándola por todos lados.

—¿Verdad que sí?

—Como te la mereces. Esos señores saben bien á quienes obsequian.

—Ábrela y coge unos cuantos bombones.

—No, déjalos para los niños.

—¿Y tú, qué eres más que un niño zangarullon? ¡Tómalos!

—Bueno, mujer, tomaré uno, para que no te enfades.

—Ahora, vamos á otra cosa,—dijo la joven volviéndose repentinamente y corriendo á la puerta de la estancia, cuyas hojas cerró cuidadosamente, atrancándolas con el cerrojo.

Y tornando junto á la mesa, dijo al corcovado con cierto misterio, apagando un poco la voz:

—Pues has de saber, que en el mismo canastillo, con la bombonera, encontré esta mañana... ¿qué dirás?

—A'guna pulsera.

—Nada.

—Un abanico.

—Menos.

—Un rosario.

—¡Ca!

—Entonces no acierto. ¡Pueden ser tantas las cosas que quepan en un canastillo...

—Pues mira,—dijo la joven sacando el billete del bolsillo y agitando ante la faz aparentemente estulta de su interlocutor.

—¡Una carta!

—Justamente. ¡Pero qué carta, Cuquito!

—¿Grata ó desagradable?

—No sé; por eso quiero que la leas y me digas... Para mí es un rompe-cabezas. Toma y lee despacio

Andrés cogió la carta y la leyó para sí de cabo á rabo, mientras Matilde lo miraba de hito en hito, atisbando el más somero efecto en su confidente; pero éste, impasible, al terminarla, se la devolvió diciendo solamente:

—Está bien.

—Bien... ¿Y por qué está bien?... A mí bastante mal me ha hecho.

—Pero ¡vaya!... un mal soportable, que tiene bastante de dulce y halagüeño... que te ha comunicado nueva vida...

—No sé, no sé...— repitió con cierta indecisión la joven, mientras el pudor con su interno fuego arrebolaba sus mejillas.—¿Y qué sacas tu de su contenido?

—Que hay alguien más desdichado que tu... y que yo.

—¡Toma! ¡Pues has dicho una gracia! Tú... ¿qué necesitas tú, te niéndome á mí? Y yo... ¡psch! nada me hace falta, á Dios gracias.

—Sin embargo, esa carta ha sido para tí un toque de atención. Su lenguaje ha encontrado en tu alma un eco simpático, dulce, halagador: tu imaginación ha volado, sin darte cuenta, á lugares desconocidos: has mirado en torno tuyo, y has encontrado que no te basta cuanto te rodea, aunque dices que nada te hace falta...

—Cierto, cierto... eso me ha pasado. Y, dime, ¿es esto lo que se llama amor?—preguntó con cierta timidez Matilde.

—No, lo que tú sientes, no es precisamente amor, es... la disposición á amar, la larva que se despereza para transformarse, la humareda que precede al incendio, el prelude de esa gran sinfonía que absorbe todas las palpitations de la vida. Tu situación psicológica se parece mucho á la de un rayo de sol que filtrándose por un agujero, atraviesa un espacio vacío y sale por otro: luz es, pero no ha encontrado en su trayecto un cuerpo en que refractar, y no ilumina. El día en que tú encuentres al hombre que, al fijar en él tus ojos ó tu pensamiento, te turbe ó te desvele... ¡aquel día amarás!

—¿Y qué dicen los sabios que es amor?

—¡Oh, dicen tantas cosas!... San Jerónimo, que es «el olvido de la razón.» Este es un concepto demasiado profundo para tí. La señorita de l'Epinasse dice que «amor es hacer un pacto con el dolor».

—¿Con el dolor?

—Sí, es una frase poética que tiene su miga. Tú no la comprenderás, porque para tí la vida ha sido, á Dios gracias, un estado intangible para la desventura.

—¿A ver otros?

—Rochester dice que «el amor es una gota de ambrosía que los cielos han vertido en el caliz de la vida para dulcificar su amargura».

—Eso lo entiendo mejor; quiere decir, que es como la panacea de todos los males.

—Exactamente.

—¿Y alguno más?

—Miguel Angel lo define «el ala que Dios ha dado al alma para subir hasta él».

—¡Qué bonito!... «¡El ala!»... Bien se conoce que es definición de un Angel.

—En tí está ahora ese ala desplegando sus plumas.

—Eres casi adivino... casi brujo. Si no te conociera de siempre, hasta te tendría miedo.

—Adivino no, observador sí. Un detalle, para tí insignificante, me reveló desde luego cuanto pasaba por tí, antes de que tú me lo dijeras.

—¿Sí?... No caigo...

—Hoy por vez primera, para hablarme de ese billete, y solo para eso, has tomado la precaución de cerrar aquella puerta y de bajar la voz.

Matilde no repuso cosa alguna por el pronto; meditó un momento y reconoció para sí la lógica de aquella observación.

Luego, como obsesionada por un poder irresistible que la hacía girar en torno de una idea, como una mariposa gira en torno de una luz, dijo:

—Pero... bien, el que ha escrito esa carta, esa carta que tantas veces he leído...

—Te conoce bien, y sabe cuanto vales. ¡Pobre hombre!

—¿Y lo compadeces?

—Mucho que sí.

—Luego le conoces.

—No, no sé quien es; pero cuando se oculta, es que no se conceptúa digno de tu cariño, ni con esperanzas de verse correspondido. ¡Bien te lo dice!

—Volvamos á leerla despacito y comentémosla punto por punto, á ver si sacamos algo...

Y dando media vuelta á la mesa, colocó la carta delante de Andrés, y ella con fraternal familiaridad apoyó el codo derecho sobre la mesa, el brazo izquierdo sobre la prominencia dorsal del jorobado, descansando su busto sobre el brazo derecho de éste, y acercando su ca-

rita de biscuit, tibia, rosada y traspirando esencia, á la del sacristán, en cuya oreja y rostro apergaminado, brizaban cosquilleándole algunos cabellos de la joven, esperó dos segundos.

—Leamos,—repitió aquel.

—Pero despacio ¿eh?

—A paso de carreta. «Malilde: has dejado de ser niña para ser mujer, y puedes oír y leer frases que aunque no escuchadas ni leídas antes, dejarán de ser para tí un enigma, y te las explicarás perfectamente».

Aquí hizo alto el lector, como esperando un comentario.

—Bien, sí... me las explico. Adelante.

—«Tu belleza, creciente de día en día, ha llegado á un punto, que es imposible verte sin adorarte.»

—Y eso qué te parece?

—Que ha escrito una verdad como un templo,—respondió con firmeza y sinceridad Andrés, retirando la cabeza hacia el lado izquierdo y volviendo hacia ella el rostro, para clavar en el de Matilde su única pupila.

—¡Tomal... por tonto y retonto,—exclamó ésta dándole una palmadita, con mucho mimo, en la amarillenta mejilla.

Andrés volvió á su primitiva posición y continuó la lectura.

—«Por eso yo, admirador de tus gracias, siento por tí un amor que me enloquece... ¿Que quién soy?... Un angel, un réprobo... ¡qué se yo!»

—¿Entiendes tú eso?

—Sí, lo entiendo.

—¿A ver? Explícamelo. De un angel á un réprobo...

—Hay mucha distancia, lo comprendo. Pero á todo puede llegar quien siente una pasión tan intensa como parece atormentar al que esto escribe. «¿Que dónde vivo?... ¡Quizás cerca, muy cerca de tí: puede que tan lejos, que no sea fácil que me alcancen nunca á ver tus ojos!»

—Ya ves: contradicciones y más contradicciones. Cerca, lejos; que lo veo, que no lo veo... ¡Vaya una gerigonza!

—¡Pobre!

—No, pobre no: dí mejor *locatis*.

—No lo califiques así: ¡sé más compasiva! ¿Qué sabes tú lo que es sentir el infierno de un amor imposible?

—¡Imposible!... Pero tú qué sabes?... Te repito la pregunta: ¿le conoces por ventura? ¿Es feo, pobre, malo... incapaz de que yo le quiera? Anda, contéstame.

Andrés no respondió. Abrumado por el peso de su interlocutora; sintiendo sobre su espalda, su hombro y su brazo las turgencias precoces del busto duro y moldeado de la mujer en el vigor de sus encantos virginales, y envuelto en una atmósfera perfumada y excitante, hizo como un esfuerzo, obligando á Matilde á incorporarse, mientras él se recostaba sobre el respaldo del sillón, colorado como un pavo y con la respiración anhelosa.

—¿Qué es eso?—le preguntó con interés la joven—¿te hacía daño?

—No, sí... si es que nunca me he sentido como ahora... tan torpe... tan confuso... tan incapaz de explicarte cosa tan corriente.

—¡Precisamente en lo que yo tenía más interés!

—Mi torpeza es disculpable, Perinolita. Sobre esa materia he leído poco... nada, casi; y ¡la verdad! eso se explica mejor sobre el terreno... quiero decir, cuando se siente todo eso.

—Y tú ¡claro!...

—Yo no lo he sentido nunca... ¡nunca! ¿cómo había de escoger el amor, afecto tan grande, una vasija tan miserable y contrahecha como yo, para anidar?

Y transpiraban una amargura tan perceptible estas palabras, que Matilde lo compadeció y cortó la conversación.

—Bueno, pues hagamos punto final en este asunto. Lo que fuere sonará, y te daré razón de todo. Quédate con la mitad de los bombones, y endúlzate la boca y endúlzasela á tu madre, á costa de Melchor y Compañía.

Y vertió parte del contenido de la bombonera sobre la mesa.

—Pues qué ¿te vés tan pronto?

—Sí, tengo que salir de días con mamá. Vamos á visitar á D.^a Reyes, la madre de Serafin Grajera.

—¡Aaaah!—exclamó el sacristán con una expresión indefinible.

—Adios, Cuquito.

—Adios, Perinolita.

V

Pasaron cuatro meses sin novedad alguna.

Matilde siguió visitando á Andrés en su modesto cuarto, y llevándole cuanto podía,—que no era poco,—para que se regalase.

Pero ni uno ni otro volvieron á cruzar palabra ni á hacer la menor alusión acerca del erótico billete.

Empuñaba el cetro del mundo el mes de Mayo en toda la plenitud

de su hermosura, tendiendo alfombras polícromas en los prados, átomos olorosos en el ambiente, destellos de luz diamantina en el espacio, cuando la niña gentil abordó por la mil y una vez al enrevesado acólito en su chiribitil.

—Te vengo á dar una noticia... no, dos noticias... digo mal, tres.

—Pues eres toda una *Gaceta* con faldas. Ahora lo que conviene es que sean gratas.

—Lo son... creo que lo son... al menos para mí.

—Entonces para mí también. Venga la primera.

—Pues la primera es, que me van á vestir de largo.

—Ya no es tan de mi gusto como del tuyo.

—¿Por qué?

—Porque lo que crezca tu vestido va á menguar mi libertad para tratarte.

—¡Cá, tonto!

—Dejarás de ser mi Perinolita, para convertirte en la señorita Matilde: el tú por tú con que hoy te trato, prenda de la ilimitada confianza con que desde pequeñita he conversado contigo, caducará para siempre; y cuando nos encontremos en alguna parte, tú no podrás ya apartarte de tus acompañantes y venir á mi encuentro, corriendo, con los brazos abiertos, á darme un beso ó á hacerme una caricia. ¡Ya ves que pérdida la mía!... Pero sepamos la segunda.

—La segunda es... que vá á venir Serafin, terminada su carrera de Ingeniero industrial.

—¡Serafin!... el que me saltó el ojo derecho, cuando muchachos, aumentando mi fealdad y mi desgracia...

—No te acuerdes de eso.

—¿Cómo no, si este cóncavo facial, falto de vida y repugnante, me lo recuerda con saña perdurable?... Mi pobre madre no quería transigir—deseaba que el proceso siguiese adelante—el ojo de su hijo le daba á la infeliz más luz que el mismo sol, y quería el castigo del culpable. Pero mi padre, el varón, el fuerte, el defensor por ley natural de su débil prole, cedió á la influencia... ¡y al dinero! Y la *vendetta* enmudeció, y la fiel balanza de Astrea, se convirtió en amañado peso de mondonguera, y se falseó el sumario... ¡y yo quedé tuerto para siempre! ¿Qué plato de gusto quieres que sea para mí esta otra noticia?

—Pues, entonces... no te doy la tercera.

—Sí, dímela. Aunque sea tan mala como estas, quiero saberla. No ha de ser más negro el cuervo que las alas!

—Pues has de saber, que hace un mes próximamente, D.^a Reyes

me pidió el retrato... una de las copias del que me hizo aquel fotógrafo que estuvo por acá tiempos atrás. ¿Te acuerdas?

—Sí, un buen retratista que consiguió contigo hacer una verdadera obra de arte.

—Yo se la dí ¡naturalmente!... y ella... ¿que te parece que hizo?

—Lo pondría en sitio preferente de su albún ó sobre alguna consola.

—Pues, nada; se lo envió á su hijo.

—¡A Serafín!

—Sí... y este me ha remitido el suyo. Mirálo, que guapo y elegante.

Y le enseñó otra fotografía, hecha en Bruselas, verdaderamente notable por su factura y lo apuesto y correcto de la figura retratada.

—Sí, sí... repitió maquinalmente Andrés, cuyo entrecejo se frunció sombríamente.

—Más no paró aquí la cosa, sino que, con el retrato, me envió esta carta. Oye lo que me dice:

«Matilde: He admirado la esplendidez de tus encantos, en el retrato que me ha enviado mi madre, encantos que han convertido en amor las vivas simpatías que siempre me inspiraste. Yo iré en breve á esa, terminada mi carrera, y aspiro á ser el predilecto de tu corazón. Adjunta es mi vera efigie, para que veas con tiempo si soy de tu agrado, como desearía. A cambio de mi felicidad, haría la tuya tu adorador sincero

Serafin.»

—¿Qué dices de esta epístola?

—Que está bien escrita.

—No parece que te ha impresionado tan mal como las otras nuevas.

—No... porque ésta la presentía hace tiempo. Su familia y la tuya son las dos principales del pueblo. Para uno y para la otra sois respectivamente el mejor, el único partido aceptable, socialmente considerado; y si D.^a Reyes sueña con tenerte por nuera, no habrán dejado de acariciar así mismo tus padres tal proyecto. Unidos los dos, seríais archirricos... y á eso tiran de ambos lados. La cosa caía por su propio peso.

—¿Y crees que seré feliz con él?

—Sí, puedes serlo. Él no tiene más que una buena dosis de petulancia... es algo butibamba; pero dicen que no es de malas costumbres.

—Me alegra mucho oírte, á tí... á su enemigo.

—Lo soy, pero enemigo franco y leal. Me causó un mal que no

reparará en la vida, y mi voluntad se revelará siempre contra él: ¡siempre!

—No lo asegures tanto. Yo procuraré...

—Gracias, Matildita; pero será en vano.

—¿Y si él te suplicara...

—Sería lo mismo. Si se tratara solo de lo pasado, pudiera conseguirse tu deseo; mas algo que no ha ocurrido aún, me previene contra él.

—Me inquietas con esas frases misteriosas.

—Mira: una noche, víspera de S. Juan, una gitana, que me estuvo contemplando largo rato con pupilas de sonda, se empeñó en decirme la buenaventura. Yo no creía en tales patrañas; pero insistió de tal modo la cingara, que consentí en oír mi horóscopo, para que me dejase en paz.

—Y te dijo...

—Mil cosas ¡qué sé yo!... pero en substancia, que quien me había dejado tuerto, sería causante de mayores desgracias para mí.

—Y al fin la creíste.

—Nunca fuí supersticioso; mas te confieso que semejante predicción no encontró cerradas en absoluto las puertas de mi credulidad.

—¡Oh! eso no acontecerá.

—No digas que no. Es un *posse* muy hacedero. Pero dejemos estas bagatelas y vamos al caso: aunque mi enemigo, te repito que yo lo soy franco y leal, y mi prevención no impide que le haga justicia con imparcialidad, sobre todo en lo que á ti concierne. Lo que para mí es un azote, puede ser para tí la suprema dicha.

PUBLIO HURTADO.

(*Se concluirá*).

LIBRO INÉDITO

HISTORIA DESCRIPTIVA DE LA VILLA DE CACERES

POR EL

Lic. D. Juan Rodríguez de Molina.

(Continuación.)

Todo es herosimil en vna Reyna que no se desdeñó de traher vni-
das las politicas tareas de su elebado juicio, á las laboriosas mecanicas
de sus preciosas Manos: teniendo, sus aplicadas acciones vn especial
Parentesco con las de aquella admirable muger, que define y celebra
la sabiduria de Salomon, en sus cultas, mixteriosas Parabolas (86).

El mas instruido en los Papeles de esta villa, por la practica en su
coordinacion y extracto, juzga apocripha la Tradicion y existencia de
este tan apreciable Monumento, autorizando su critica con dos Acuer-
dos que copia, de los años 532 y 34, que estan gritando su mala inte-
ligencia; pues los alegados Documentos expresan, ai vn Pendon de la
Villa, maltratado de la Antigüedad; y que para precaberlo de la vltima
ruina, acuerda el Ayuntamiento se traiga otro de Tafetan doble de Me-
dina; ó Tornasol morado i sedas para hacerlo.

De esta determinacion se infiere el cuidado y aprecio con que mi-
raban esta respetable seña (87) que para preserbarla de aquellas vrba-
nas funciones y días de S.^{na} Juan, en que se manifestaba por las Princi-
pales calles de el Pueblo, se acordó hubiese otro Pendon, para las ob-
serbancias de esta costumbre y se reserbasse el otro, como se practica,
para la fausta funcion de las Aclamaciones de los Reyes.

Juntase á la mala comprehension con que se miraron estos Acuer-

(86) Que siuit Lanam et linum et operata est consilio manum suarum. Prou 31

(87) Pellicer. Memorial de los Viloas, fol. 120 á la buelta.

dos, el descuido de no haber pasado al de 566, en el que se halla como va referido, la noticia y aseberacion, de ser el Pendon que sirvió al Rey D. Alonso, en la conquista de Caceres, el que se mandó entregar al Alferez maior Pedro Rol de Ouando.

Como la idea de este Papel se ciñe á solo vna Descripcion de Caceres, dexando las formalidades de su Historia, para otro Ingenio, que se halla mas instruido de la Antigüedad y mas ilustrado de la erudicion y considerando impertinente recapitular las memorias de esta Villa, en los sucesivos Reinados, que con tanto acierto, curiosidad y elegancia, dexó marginadas en el libro de nuestros Preuilegios, aquel ilustre, sabio y gran jurisconsulto, de que hicimos respetable recuerdo; iré acercandome al termino de la idea que proyectaron mis aplicados ocios. Pero antes que mi Pluma recoja el buelo de esta entretenida tarea, dexaré á la memoria de el Tiempo, recomendada la noticia de aquellos ilustres varones, que ha producido Caceres en los Reinados de el Señor D. Phelipe 5.º el animoso y Guerrero, y de el Señor don Fernando 6.º el amable y pacifico.

Murió el Señor D. Carlos 2.º Rey de las Españas el año de 1700, sin subcesion; pero haciendo justicia á su real sangre, dexó nombrado Heredero de esta Monarquía, al Seren.^{mo} Duque de Anjou, Hijo segundo de el Delfin de Francia. Fue aclamado Rey con el nombre de Phelipe 5.º el mismo año en las Cortes de Madrid y Versalles. Esta Justa, acertada eleccion movió en el Norte, la tempestad de vna Guerra; de cuios funestos repetidos estragos aun se está lastimando la imaginacion, en el triste exercicio de su Memoria.

En esta turbulenta marcial Epoca, Caceres siempre leal y amante de sus Reyes, contribuío no solo con quantiosos Donatibos, sino con hombres, armas y cauallos (*) y equipando dos compañías de que fueron capitanes D. Gutierre de Solis Ovando y D. Diego de Carvajal y Roco, í habiendo determinado que se formase vn regimiento de las Compañías de Milicias; salió la de Caceres mandada por D. Juan Roco y Oribe, oy Coronel de el Regimiento probincial de Trujillo. Estos tres ilustres Oficiales desempeñaron egregiamente, las obligaciones de su nacimiento, en las mas memorables Acciones de la Guerra; pero con el atraso de aquellos Ascensos, que deuián seguirse á vnos meritos bien parecidos í la mas escrupulosa critica de sus Generales.

Siguieron esta honrrosa carrera, estimulados de el amor y fidelidad á su Principe, muchos de estos principales caualleros, que mereciendo

(*) Tachado: *de que se formaron.*

tener lugar en los Anales de la Fama, es justo subscriuirlos en la cuidadosa Serie de mi Narracion, como primeros Acrehedores de las devidas tareas de mi memoria.

D. Alonso de Ouando y Solis, Marques de el reino, despues de haber seruido oficial de caualleria algunos años, con vizarria recomendable; merecio vna compañia de Guardias de Infanteria Española, en que tubo mas ocasiones de exercitar su valor; monstrandolo con especialidad en las Sangrientas Acciones de Sicilia, Napoles y Toscana; acabando su celebrado curso, Comendador, Brigadier y Capitan de Granaderos de el real Cuerpo en la disputada y bien reñida batalla de Campo Santo.

Su hermano D. Fran.^{co} Xabier de Ouando murió Oficial de la regia Tropa, teniendo en ella Plaza de Cadetes sus dos sobrinos D. Juan y D. Pedro de Ouando y Vargas.

D. Fran.^{co} de Ouando Rol y Solis, Marques de Ouando, siruió en la Caualleria, despues pasó á la infanteria, en que fué Capitan. Continuó sus marciales tareas en la Marina en que conocido su especial talento, logró verse Capitan de Fragata. Con este empleo, llegó á los Mares de Italia, donde dispuesta, con arte ingeniosa, la chusma de su vaxel, sorprehendió el Castillo de Brindici; por cuiá hazaña mereció las mas benignas demostraciones de la Mag.^d de el Rey de las dos Sicilias, que le honrró con el titulo de Marques. Buelto á España, le nombró el Rey Capitan de Navio y Jefe de Escuadra. Habiendo pasado á Indias, se halló en la defensa de Cartagena, combatida de las tropas Inglesas; en cuió sitio se distinguió mucho. En el fatal y espantable Terremoto de la ciudad de Lima, mereció particular distincion, en las especiales y acertadas Prouidencias con que ocurrió á aquel miserable conflicto. A su regreso á España, considerados sus meritos y acertada conducta, le hordenó S. Mg.^d pasase al Reyno de Chile, de inspector y comandante general de el Mar de el Sur, y de Gobernador, Capitan general y Presidente, cuios empleos exerce en las Islas y Gouierno de Philipinas.

D. Bicente de Ouando y Solis, Marques de Camarena, Regidor, y Alferez maior de Caceres, salió á servir á S. Mg.^d con vna Bandolera de las reales Guardias de Corps.

D. Juachin de Ouando Vera y Caceres, con mucho espiritu, en poca hedad, pasó á Italia el año de 733, ansioso de representar, en las marciales tareas de aquel belico Teatro, algun honrroso Papel, con que alcanzar, sino los Grados de la Fortuna en recomendables ascensos, las lisonjas de la fama, para establecer, entre los inmortales hono-

res de su Templo, alguna memoria de las hazañas, que le prometia su espíritu, en las inspiraciones de su valor.

Llegó á Florencia, y el Señor D. Carlos gran Duque de Toscana entonces, le admitió á su real servicio, con vna Bandolera de Guardias de Corps. Establecido este Principe Rey de las dos Sicilias; y embes- tida Gaeta por las Armas de las dos Coronas española, y Napolitana: impaciente D. Juachin de el ocio de su cuerpo, en las pacíficas tareas de Palacio: pidió licencia para dexar las lisongeras delicias de la Corte, por los honrrosos trabaxos de la Campaña. Obtenida, pues, la Permision de S. M. N. pasó á seguir el sitio de Gaeta, trocando la Bandolera, con vna Birretina de Granaderos de las reales Guardias.

En esta Expugnacion, como en las que se siguieron, así en Napo- les, como en Sicilia, expecialmente en las de Capua, Trapani, sitio, y toma de Castelomar de Palermo: se distinguió con valor acreditado. En el Regimiento de Dragones de la Reyna, que se formó en Napoles de Españoles é Italianos, fué vno de sus Capitanes, habiendo echo, á sus expensas, la formacion de vna de las Compañias. Tubo, en este empleo, funciones, que le hicieron distinguir, en bizarría, y conducta; logrando, en vna de ellas, contener con 60 cauallos, 600 de la mexor Tropa austriaca; dando lugar, con diferentes bien encaminados Ata- ques, y aduertidas retiradas, á que llegasen diversos Escuadrones, mandados por el General Mahoni, á quien dixo, con marcial donaire, y militar desenfado: Ai, tiene V. E. esa cauallería alemana, entretenida de mi Tropa, hasta que llegase V. E. y tubiese la Gloria de ser quien la derrotase, como lo hizo, celebrando, este General, no solo la ante- cedente bien instruida operacion, sino el spiritoso esfuerzo con que lo continuó en la total ruina de el destacamento enemigo.

En el que salió mandado por el Mariscal de Campo D. Fernando de la Torre, y se encontró con otro poderoso de Saboianos, en Forné Populi, obró D. Juachin con hazañosa vizarría, vniendo á su fuerte, valeroso espíritu, vn Alma tan piadosa, y noble: que teniendo rendido, deuajo de la espada, al Comandante de la Tropa enemiga, tubo este, la desusada temeridad de disparar vna Pistola contra el animoso supe- rior Guerrero; cuiá probocativa ofensa la miró, el bizarro Joben, con humanidad tan generosa; que no solo perdonó el temerario desacierto, en la suspension de la benganza, sino hizo que su Prision tubiese cir- cunstancias de libertad, en los cuidados de su asistencia, y en las se- guridades de sus intereses, no echando menos mas que la Espada, como preciso tropheo de el vencedor. Informado el Rey de las dos Sicilias de este ventajoso Suceso, y de la animosidad con que se portó,

en el; D. Juachin: le concedió la Compañía de Granaderos, con sobresueldo, nunca, hasta entonces, practicado; dando mas precio á esta Gracia, el distinguido honor de oír á S. M. N: esta Gracia te concedo por el valor con que te has particularizado, en la función de D. Fernando de la Torre, cuja honrrosa clausula mandó poner en la Patente. Este General encontrando, despues, en la antesala de el real Palacio de el Buen Retiro, á D. Joseph de Quando y Vera Padre de D. Juachin, le dixo: V. M. tiene vn hijo de vn espíritu especial; pero de valor tan aduertido, que obrando con vna executiba Braueza contra los ofensores, guarda tanta humanidad con los Rendidos: que aun los perdona la ofensa, en que io no me hubiera podido contener. Nuebamente informado el Rey de Napoles de los continuados, marciales, animosos Progresos de D. Juachin, le concedió el Grado de Theniente Coronel. Acreditó estas sucesibas honrras, con repetidos desempeños de su aplicada animosidad, que exercitó, vltimamente, con generoso corage, en la desgraciada Sorpresa de Veletri. Estaba vn Cuerpo, considerable, de nuestras Tropas diuidido, con interbalo grande, de nuestro exercito, como expuesto, oportunamente, á alguna irrupcion de los Enemigos. se repitieron combenientes representaciones al General; que (sin considerarla peligrosa contingencia de vn destacamento, que cubria, y guardaba á Veletri; real Aloxamiento de el Rey de las dos Sicilias) las entregó al desprecio, ó las dexó desaparecer con descuidado olvido. No lo tubo el General Traum, Conde de Browne, que prebenido vn grueso Destacamento de las mejores Tropas austriacas: aguardo á que las sombras, de la noche II de Agosto, tomasen todo el cuerpo de la confusa obscuridad; y asistido de las tinieblas, y fiado en el delicado ocio, mal introducido, aunque inconcusamente practicado, de husar el descanso de la campaña, con todas las combeniencias, que concede el seguro Aloxamiento de la Ciudad: atacó, con presuroso formidable teson, nuestras somnolientas Estancias; no dando lugar el instante, executibo-furor, ni á la proporcionada defensa, ni á la prudente Retirada; derramada nuestra Tropa, entre las torpes seguridades de el sueño; la caualleria fiada á la quietud de los Piquetes, y los Oficiales injustamente detenidos, en las blandas commodidades de el Lecho. Empezó á resonar, en aquellos valles, el estruendo de las Armas, el espantable ruido de voces, y lamentos, y el estrepitoso curso y relincho de los cauallos. La obscura hora ennegrecia mas el espanto: hasta los ecos tomaron, esta vez, cuerpo de formidables Gritos. El desorden era correspondiente, al impensado insulto. La Fuga persuadida de el terror, y abrigada de la obscuridad. En tanta confu-

sion, y tan tormentoso conflicto, sin mas dafensa que la espada, mas reparo, ni mas adorno que la camisa: dexó D. Juachin la Tienda, gritando honrradas Persuasiones, á quantos alcanzaba el dudoso reparo de su vista. Lograron, pues, sus bizarras, generosas actividades, con tener á algunos de tantos asombrados, y fugitibos; y formando vna pequeña Escuadra, contubo, algun espacio, las primeras Abenidas de los Enemigos; dando lugar, con esta diuersion, aunque corta, engrandecida de vn espirituoso exforzado corage, á que S. M. N. pudiese salir de Veletri, (cuija sorpresa era el intento de los Austriacos, para apoderarse de la preciosa Prenda de el Rey) y asegurar, en el Exer-cito, su real Persona. Mantubo, despues, el malogrado joben, su Puesto, hasta que, por las funestas respiraciones de muchas heridas, se desapareció su noble, y bizarro espiritu.

D. Rodrigo de Oúando y Godoy, con poca dicha y mucho merito, sirbió, en la Caualleria todo el tiempo que duró la Guerra en los Pais-es de España; hallandose en las mas sangrientas acciones, en que mos-tró siempre su grande espiritu y especial valor, sufriendo hasta la ter-minacion de la Guerra, las sinrazones de su Fortuna, en la negada continuacion de sus Ascensos, á que, lo hacían tan acrehedor su ilustre Cuna y su aprobada Bizarría, no habiendo obtenido mas Premio que el de vn Estandarte, se retiró al sosiego de su casa á entretener sus desengaños, con la memoria de sus hazañas y merecimientos.

Tocamos las Memorias romanas, en vn Parrafo donde no nos fué posible extender las noticias de sus Monumentos, por no desbiarnos, con esta Translacion embarazosa, de aquel Methodo, en que iban sub-sequentes las notas de nuestra Descripcion. Ahora tendrá lugar de Apendice el informe y copia de algunas Monedas, Lapides é Inscrip-ciones, que permanecen oy; perdidas otras en el descuido de los Hom-bres, y en la confusion y sepulcro de los Siglos.

En la Fachada de la Casa principal de D. Pedro Roco y Contreras, permanece vna Dedicacion al Emperador Lucio Septimio Sebero Per-tinaz, exculpida en vna Piedra de finisimo Marmol, con el prolixo Adorno de primorosos, y delicados follages. La inscripcion que tiene es la que sigue:

IMP. CAES. LUCIO SE
PTIMIO .SEVERO, PER
TINACI. AVGVSTO.
PONT. MAX. TRIB.
POT. II. IMP. III. COS.
PP. OPTIMO. FORISS.
PROVIDENTISIMO
QVE PRINCIPI. EX
ARG. P.XC D IVLIO
CELSO. ET. L.PETRO
NIO. NIGRO. II. V.D.D.

En que se dice: Que Decio Julio Celso y Lucio Petronio Nigro, Comisarios diputados para esta obra y Dunuiros de el Gouierno, dedicaron la Estatua que se habia mandado hacer de Peso de noventa Libras de Plata, al Emperador Cesar Lucio Septimio Seuero Pertinaz, A[u]gusto Pontifice maximo, habiendo tenido dos veces la Potestad tribunicia y sido Emperador ó Capitan general tres, Consul, Padre de la Patria y Principe excelente, fortisimo y Prouidentisimo en el Gobierno.

La Proporcion y ornamento de la Basa, corresponde bien á que la Estatua fuese de el precioso Metal, que insinua la dedicacion; á cuió costoso Reconocimiento obligaria algun grande y especial Beneficio, que concedería á Caceres este gran Principe; digno de el Imperio del Mundo, por sus excelentes virtudes, sino las hubiera afeado con la 5.^a Persecucion de los Christianos; aunque me persuado la estableceria mas, la politica continuada de el Senado, que el Decreto de vn Emperador, en que brillaban con seguro establecimiento la Generosidad y la (*) Benevolencia (88).

En el Portico de vna huerta al Puente de el Vadillo, permanece otra Piedra, con estas Palabras.

L. NORBANO
RVFO.
AN. XXIIII .
LABEO, AVVN
CVL.

A Lucio Norbano Rufo, que murió de veinte y quatro años, su tío Labeon puso esta Memoria.

(*) Tachado: *clemencia*.

(88) Eutrop. lib. 10.

Las dos familias de Norbanos y Rufos, sobre ser muy ilustres en Roma (89), agregaron á su noble Sangre los estimables distintivos de sus empleos, en los años 671 de la fundacion romana, se halla C. Norbano compañero en el Consulado de L. Scipion Asiatico. En tiempo de A[u]gusto otro C. Norbano Proconsul de España, de lo que triunfó en Roma. En la Proscripcion de Sila se hallan minutados quatro Consulares: (90) Caruo, Mario, Norbano y Scipion, á este Norbano la llama tambien consul Plutarco. En la Rebelion de Antonio, contra Domiciano, eligió este Emperador á Norbano Appio, que desempeñó la eleccion venciendo al Reuelde.

Mario Iunior, et Norbano consule, Plut. in Sila.

Eutrop. lib. 9.

Tacit. lib. 2.

Clunio Rufo tubo el Gobierno de España, imperando Vitelio, á quien se quexó esta Provincia de la mala conducta de Rufo, que no solo quedó absuelto sino prorrogado. Fenio Rufo se vió con el distinguido empleo de Capitan de la Guarda de el Emperador Neron.

El Apellido de Labeon, noble y estimado en Roma, donde florecieron, los de este ilustre linage, celebres jurisconsultos, siendo justamente celebrado Q. Antistio Labeon, de tan entera libertad, que hizo contradiccion á muchos dictámenes de A[u]gusto, que atendiendo mas á sus meritos, que á sus repugnancias, lo quiso promover este Emperador, al consulado sufecto, que no quiso admitir Antistio, su Padre, siguiendo las armas de Sila, fué muerto por la faccion Mariana. Labeon Antistio, que juzgamos Hijo de él mencionado Q. Labeon, era Pretor, en tiempo de Tiberio.

Suet. in A[u]gust, cap. 54.

En la Pared de el Jardin de D. Juan de Ouando y Vargas, se hailla otra Piedra, en que ai la descripcion siguiente.

Q. NORBANO
 Q. F..... CAPITON. A. D. IIV. (*)
 SVLPICIA. FAVS
 TA. SO. ETIVLIA
 Q V I N T I L I A
 V . O . B .

A Quinto Norbano hijo de Quinto Capiton, Edil.

En esta Piedra, ó Cippo, se hace mencion de los Capitones, exclarecidos, despues de el nacimiento, en las Letras, y las Armas; adornados con los honores consulares, como Capiton Anteio, en tiempo de A[u]gusto Cesar, y C. Fonteio Capiton compañero de Germanico, en

Tacit. Suet. in Calig. lib. 8.

(89) In Cronol. Enric. Glar. ann. abur. com. 671.

(90) Eutrop. lib. 5.

(*) CAPITON, aparece escirto entre líneas.—J. S

el Consulado. Publio Fonteio Capiton fue Pretor. Seneca hace tierna, y estimable memoria de otro Capiton; que repite, en declamacion contra Flamínio, impiamente postrado al execrable antojo de vna Ramera.

En el frontispicio de la casa, que, en vna de las principales Torres de los Muros, ha echo fabricar D. Alonso Pablo de Quando, y Solis, estan puestas dos piedras, halladas en aquellas inmediaciones, sirbieron de Cippos y dicen sus Épitaphios:

A L B I N V S .
R U F I F . A N
XVI, H. S. E.
S. T. T. L.

Albino hijo de Rufo, que murió de 16 años, está aquí, seate la Tierra ligera.

Los Albinos, llamados así, de la blancura con que nació vno de los Capitanes romanos, exceptuado de el natural rubor, que sacan todos, por la impresion sanguinea, de las Madres, fueron de antigua familia Consular. En la irrupcion, que hizo Pirro, en Italia, Auxiliar de los Tarentinos, si crehemos á Plutarco, fue Albino el primer Consul, que peleó con este Principe Guerrero, y despues de Alexandro magno, el mas aplaudido Capitan, como lo confesaron Antigono, y Anibal. El Pretor Albino, siguiendo á Sila, en la Guerra social, murió apedreado de los soldados de sus Legiones. S. p. Albino fué compañero, en el consulado, de Q. Minucio Rufo. Lucio Postumio Albino Pretor de la España ulterior. Lucio Postumio Albino Sacerdote de Marte. Siendo muchos los consules, que se continuaron en esta recomendable familia, de que hace mencion Tito Liuió.

Amabam i
taque Capi-
tonem. Se-
nec. Con-
tro. lib. 5.
lib. 4. Con-
t: o. 25.

Plut. in
Pirr.

Plut. ib.

Plut. in Sil.

Salust. de
Bel. Jugurt.

Tito liu.

A C I A . C E L E R
T I A . A N . X X I I I
H . S . E .
S . T . T . L .

Acia celercia, murió de veinte y tres años, está aquí, seate la Tierra ligera.

El Apellido de esta Dama, corresponde, sin duda al de Celer, ilustre, y consular entre los Romanos. Publio Celer Procurador de las Rentas de el Principe, fue el que por horden de Agripina, mató al Proconsul de Asia Junio Silano. Celer Asinio consul, y otro Celer compañero de el joben Venancio, consul en los años de Christo de 512.

Tacit.

Senec. Lud
de mort.
Claud. Ega.
in cron. Eu-
rric. Clar.

(Se concluirá).

CRÓNICA REGIONAL

Sigue siendo la misma la triste actualidad regional: el hambre.

No hay posibilidad de hablar de otra cosa, si hemos de ser sinceros reflejando en estas páginas lo que vemos en nuestro derredor, lo que de todas partes oímos y sabemos.

Pan y trabajo, es el grito universal en los pueblos de la alta Extremadura, de todos los que á diario huyen sus habitantes en busca de otras tierras, que, en sus imaginaciones febricitantes y famélicas, creen han de ser para ellos más amantes de sus devotos, que la agotada y estéril donde nacieron.

Y sin embargo, los llamados á poner remedio á este azote cruel, que cada día que pasa se agiganta y enseñorea más y más de los exangües y desmedrados organismos de nuestros braceros, ó se cruzan de brazos, ó juzgan naturales estos patológicos fenómenos sociales, atribuyéndolos como el Ministro de Fomento, ¡oh sabiduría burocrática! al espíritu aventurero de la heroica raza extremeña, de que son muestra en la historia Hernan-Cortés, Pizarro y Vasco Nuñez de Balboa.

¡Quizá creará S. E. que en cada uno de nuestros entecos emigrantes se anida el espíritu colonizador de un *Licenciado Juan de Ovando*, envuelto en el hercúleo cuerpo de un *Diego de Paredes*!

¡Qué le hemos de hacer, si somos nosotros los primeros culpables de este abandono!

Años y años viene clamando en vano Badajoz por el ensanche del puente de *Palmas*; años y años transcurren sin que la provincia de Cáceres, *partida por gala en dos*, por el caudaloso *Tajo*, consiga se construya el puente de Alconétar, que ha de ponerla en comunicación: mientras Logroño, Zamora, Toro, Talavera de la Reina, Salamanca y otras muchas poblaciones, han conseguido se les construyan nuevos puentes, si no supérfluos porque en esta materia no hay nada inútil, innecesarios por tener otros, cuando aquí no tenemos ninguno; sin que nadie se conmueva por el agravio, ni siquiera apoye las peticiones que al Gobierno se le hacen por los pocos que de esto se han ocupado.

Bien reciente está la reclamación, elocuente y documentada que en pleno Parlamento ha hecho el diputado á Cortes por Hoyos señor Muñoz Chaves. ¿Quién de nuestros Diputados y Senadores unió su voz á la suya ó sus esfuerzos á los suyos? ¿Qué corporaciones, fuera de las Cámaras Agrícola y de Comercio, secundaron sus iniciativas? ¿Qué *meetings* ó comicios, qué manifestaciones se han celebrado para patentizar la verdad de las reclamaciones?

No nos quejemos pues, si somos los Boadiles de la nación, que solo sabemos llorar, lo que no somos capaces de defender.

Seguramente se acordarán nuestros lectores de aquella tan festejada *Unión Extremeña*, que creamos para estas ocasiones, y al ver que nada hace á pesar de los años transcurridos, se les vendrán á las mientes como á nosotros, los elegiacos, y aquí irónicos, versos de Jorge Manrique:

Los Infantes de Aragón
Que se hicieron.

Cálamo Corrente.